

Número 20 REPUBLICA DE COLOMBIA Noviembre 1.º: 1906

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

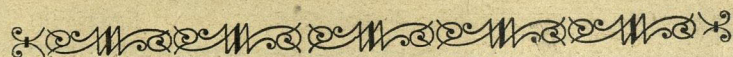


Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMVI



CONTENIDO

DEL PRESENTE NUMERO

Hasta mañana.

Erección de una estatua.

A los hijos del Colegio del Rosario. NICOLÁS ESGUERRA, J. MA-

NUEL MARROQUIN Y

R. M. CARRASQUILLA

Bagatelas..... RICARDO CARRASQUILLA

Berta..... P. VÍCTOR VAN TRICHT

Oración familiar de clausura de es-
tudios..... R. M. CARRASQUILLA

Anocheciendo..... LUIS MARÍA MORA

Crónica de Septiembre..... ROBERTO CORTÁZAR

Hablan nuestros mayores.

La Federación..... JOSÉ MANUEL RESTREPO

El mismo asunto..... MIGUEL TOBAR

Reminiscencia del Sitio de Carta-
gena..... LINO DE POMBO

Nuevo canto al Funza..... R. ESCOBAR ROA

Clausura de estudios.

Crónica de Octubre..... J. B. R.

Notas bibliográficas.

Indice del volumen II.

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Noviembre 1.º de 1906

HASTA MAÑANA

Hasta Febrero, amados condiscípulos, respetadísimos lectores y amigos nuestros.

Con este número tenéis completo el segundo volumen de la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

Publicaciones que nacieron junto con ésta ó después de ella, ya murieron, por causas que ignoramos.

Valían más que la nuestra : no eran dirigidas por colegiales, sino por maestros, y estaban redactadas á estilo modernísimo. Y nuestra humilde publicación piensa seguir viviendo el año de 1907, después de invernar, como los exploradores del Polo Norte, en Diciembre y Enero.

¿Ha revivido entre nuestros paisanos el gusto clásico?
¿Van volviendo los colombianos á las antiguas querencias?
¡Quién sabe!

Lo cierto es que ha pasado un año más.

Los futuros bibliófilos, los enamorados, dentro de cien años, de los libros viejos, los que crean entonces que los papeles ganan en mérito con la edad, como el vino, tendrán, á todo turbio correr, dos tomos de esta REVISTA, en vez de uno.

Nosotros creemos que lo sobresaliente en literatura mejora con la vejez, como el jerez y el oporto; y lo mediano se tuerce, como el burdeos y el champaña.

En una revista hay de todo; y en la nuestra, nos figuramos que han de sobrenadar algunas de las produccio-



nes de nuestros colaboradores, algunos documentos históricos que hemos publicado.

Suponiendo que nada viviera por su mérito intrínseco, quedará todo como síntoma del tiempo, como muestra de una de las tendencias literarias en Colombia, á los albores del siglo xx.

Un año más significa cosa muy distinta para el Colegio y para los colegiales.

Para nuestro Claustro, que está tocado de eternidad, es un nuevo período de adelanto. El edificio meridional contiene sesenta internos más; la flamante Facultad de Jurisprudencia ha cerrado su primer año de estudios; la clase de alemán, fundada ahora dos años por Pedro I. Reyes, continúa con brillo, á cargo del profesor Enrique Greiffestein, quien regenta, además, los cursos de Calisténica y Gimnasia.

Nuestro Claustro cuenta individuos desde quince hasta setenta y más años. Para los menores de treinta y cinco, un año es un paso más á la plenitud de la vida, á la ciencia, á la gloria. Para los que pasamos el meridiano, es un año menos de ilusiones, de vigor intelectual y físico. Para unos y otros son doce meses más cerca de la sepultura y de la cuenta estrecha.

En una cosa hubiéramos podido y debido ganar todos: en conocimientos, en virtudes, en méritos para la vida eterna.

Hasta Febrero, pues, con la ayuda de Dios.

Esperamos abrir el segundo año de Jurisprudencia y erigir la estatua del Fundador en el patio principal del Colegio.

El que no aspira á mucho, nada consigue; quien no avanza, retrocede; el que está contento con lo que tiene, pronto se hallará sin nada.

Los que hoy figuran como Superiores y Catedráticos cederán en breve su puesto á los actuales alumnos; ellos pasarán también; y el Colegio del Rosario, protegido por la Bordadita, seguirá su carrera, tres veces secular, de combates y de triunfos.

ERECCION

de una estatua á Fr. Cristóbal de Torres

LISTA DE SUSCRITORES

Vienen de la lista anterior.....	\$ 54,050
Julio 3. José Hilario Cuéllar.....	500
— 11. Manuel Restrepo Briceño.....	500
— 12. Nicolás Pineda Danies (5 dólares)....	550
— 12. Rafael Tamayo.....	500
— 13. Facundo Mutis Durán (25 dólares)....	2,750
— 14. Juan Uricoechea.....	500
— 15. Alejandro Barriga.....	500
— 16. Jorge Arturo Delgado.....	500
— 16. Arturo Acuña.....	500
— 16. Basilio Fandiño.....	500
Septiembre 1º Luis José Barros.....	1,000
— 3. Luis Eduardo Villegas (5 dólares)....	550
— 13. Eduardo Restrepo Sáenz.....	500
— 17. Darío Valencia.....	1,000
— 21. Clímaco Calderón.....	2,000
Octubre 2. Hijos del Dr. Juan N. Núñez Conto	1,500
Suma.....	\$ 67,900

Bogotá, Octubre de 1906.

El Tesorero, JOSÉ VICENTE ROCHA

A LOS HIJOS DEL COLEGIO DEL ROSARIO

Encargados por la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario para colectar fondos, con el fin de erigir una estatua á nuestro egregio fundador Fray Cristóbal de Torres, entre todos los que han sido alumnos

de este Claustro y los que actualmente forman parte de él como discípulos ó como catedráticos, dirigímos una circular á todos ellos. Varios respondieron á nuestra invitación y nos han enviado las cuotas que sus recursos les han permitido. Pero la suma recaudada no alcanza ni para cubrir la cuarta parte del costo de la obra; y de cerca de mil personas á quienes enviámos nuestra carta sólo han contestado las setenta cuyos nombres se han publicado en la REVISTA del Colegio.

Para rotular las notas nos hemos valido de los libros de matrícula, de sesenta años acá; mas como algunos registros perecieron en las épocas en que el Colegio estuvo de cuartel, es probable que hayamos dejado de remitir la circular á varios de los que frecuentaron nuestros claustros. Además, ignoramos el domicilio actual de muchos de nuestros compañeros ó discípulos, y no es imposible, además, que algunas cartas se hayan perdido, por negligencia de las personas encargadas de ponerlas en mano de aquellos á quienes iban dirigidas.

Teniendo en cuenta las circunstancias apuntadas, y seguros como estamos de que no habrá alumno del Rosario que no desee pagar deuda de agradecimiento al varón insigne á quien somos acreedores de nuestra educación de cristianos, republicanos y patriotas, nos permitimos hacer un llamamiento á todos nuestros colegas de claustro, para que nos ayuden, en la medida de sus fuerzas, á esta empresa de gratitud y patriotismo, más honrosa para los que la cumplen que para aquel á quien se dedica.

Suplicamos, pues, á todo el que haya sido alumno del Colegio — colegial, convictor, oficial ó externo — que dé por recibida nuestra circular, y nos la conteste, ó enviando su cuota á cualquiera de los infrascritos, ó al Tesorero de la Junta, Dr. José Vicente Rocha, ó excusándose de remitirla. En el primer caso, su nombre figurará en la lista de suscritores; en el segundo, no se hará mención de su negativa ó excusa.

Si alguno hubiere enviado su contribución, y su nombre no figurare en las listas, le agradeceremos que nos haga el reclamo del caso.

Estimaríamos también á nuestros amigos ausentes que hicieran insertar el presente escrito en los periódicos de los departamentos.

NICOLÁS ESGUERRA—J. MANUEL MARROQUÍN—R. M. CARRASQUILLA.

BAGATELAS

XIV

DE CUMPLEAÑOS

Quisiera yo ciertamente
Darte días, pero veo
Que ni siquiera poseo
Este momento presente;
Porque es una sombra, un ente
Tan flaco, tan desmedrado,
Que lo tiene aprisionado,
Sin que se pueda salir,
La nada del porvenir
Y la nada del pasado.

Dice un rancio autor, y es cierto:
“Las ideas naufragar
Suelen antes de llegar
De la lengua humana al puerto.”
Por eso á enviarte no acierto
Sino versos, ¡triste dón!
Náufragos del corazón,
Náufragos del pensamiento,
Que ni dicen lo que siento,
Ni parecen lo que son.

XV

Déjame, esperanza vana:
Buscando la dicha voy,
Y siempre la niegas hoy
Y me la ofreces mañana.

XVI

Es la terrena ventura
Como del sol los reflejos:
Para admirar su hermosura
Hay que mirarlos de lejos.

XVII

Compro un machito de aguzada oreja
Manso como una oveja;
Monto con descuidada confianza,
Brinca, y lejos me lanza.
Prueba este chascarrillo, vulgo cacho,
Que es, por muchos motivos,
Mejor un mal caballo que un buen macho.

XVIII

En este mundo ladino
Nunca digas perro al can,
Ni digas burro al pollino;
Nunca llames vino al vino,
Nunca llames pan al pan.

XIX

Temblando á Dios obedecen
La tierra, el cielo y el mar;
Sólo el corazón del hombre
Resiste á su voluntad.

XX

Los cerdos buscan el lodo,
Buscan los peces el mar,
Las aves la luz y el viento,
Y el hombre la Eternidad.

XXI

Eterno amor me jura Sacramento,
Y viola el juramento;
De luciente cristal una salvilla
Compro, y se desportilla.
Este sencillo apólogo sugiere
Que nadie en vidrio ni en coqueta espere.

XXII

Si gozo, de Dios me olvido;
Si padezco, pienso en Dios;
¡Maldito el placer mentido!
¡Bendito sea el dolor!

XXIII

Hay una gran diferencia
Entre un pedante y un loro;
Porque el pedante habla siempre,
Y el loro á ratos, y poco.

XXIV

¡Cómo el nombre se ha ilustrado
De los hombres de esta raza!
Esta noche se ha casado
Con doña Juno Mercado
Júpiter Tonante Plaza.

XXV

ASUNTOS PARA NOVELAS

Pedro á Petrona adoró,
Petrona dijo: no quiero;
Y Pedro, por majadero,
De una viga se colgó.

Por no sé qué y no sé quién,
Diose un balazo en la sien
La consorte de un teniente,
Y él se casó nuevamente,
En lo cual hizo muy bien.

• Don Jerónimo Velarde
 Vivió rabiando de celos,
 Y, después de treinta duelos,
 Murió á manos de un cobarde.
 Su viuda, tras breve alarde
 De inconsolable dolor,
 Al infame matador
 Le dio la mano de esposa.
 Ella se llamaba Rosa;
 Y él se llamaba Almanzor.

XXVI

La verdad va poco á poco,
 Y la mentira al escape :
 No va lejos el que corre
 Como el de atrás no se canse.

RICARDO CARRASQUILLA

BERTA

Subió la elegante joven con agilidad á la delantera del carruaje que la esperaba : recogióse el traje, y tomando las riendas de manos del *groom*, exclamó dirigiéndose á su precioso tronco de jaquitas negras y brillantes como el azabache : “ ¡ hála, diablejas, hála ! ”

Los animalitos, negros como la noche, agitando los plateados cascabeles de sus charoladas colleras, lanzáronse primero á trote largo, y después casi á galope tendido.

La joven, inclinada hacia adelante, acariciándolas con el látigo y estremeciéndose de placer, parecía embriagada por el vértigo de la carrera.

— ¡ No tan de prisa, Srita. Berta, no tan de prisa, por piedad ! ¡ tengo miedo !

La que le suplicaba en tales términos era la institutriz, una inglesa muy correcta en todo, pero nada valien-

te ; al mismo tiempo se encogía y replegaba contra el almohadillado respaldo del coche, empujándose por el miedo, como los pajarillos cuando arrecia la tormenta.

— ¡ Oh ! ¡ Miss Morton — exclamó Berta — me olvidaba de que estabas ahí ! ¡ Dispénsame, soy tan dichosa !

Y con una sola voz de mando que lanzó á las jaquitas, las diablejas negras tomaron otro paso más lento.

¡ Era tan dichosa ! ¿ Y cómo no lo había de ser la preciosa niña ! Flor temprana salida del templado invernadero del Pensionado, adorada por su padre como hija única que era ; de todos amada porque era buena, dueña de su libertad, rica, de privilegiado talento ; Dios la había colmado de todos sus más preciados dones naturales desde la cuna.

¡ Cómo no había de ser dichosa !

Y sin embargo nada de todo esto causaba en ella aquella felicidad que se reflejaba en su hermoso rostro ; y quien la hubiera encontrado algunos meses antes guiando aquel mismo coche, la hubiera oído decir : “ ¡ Oh ! ¡ Morton, cómo me fastidio ! ”

Porque era una de esas naturalezas privilegiadas é ideales que se apasionan por todo lo bello, lo grande, lo noble y lo heroico ; cosas todas bien raras en este mundo sublunar. Uno de esos caracteres en quienes brotan incessantes aspiraciones hacia el cielo, que son atraídos por Dios como atrae el Norte la aguja imanada, y que van buscando por el mundo, sin encontrarlo en él jamás, aquel centro de atracción que su corazón necesita para reposar en él por amor.

Habíanla llevado de salón en salón, de fiesta en fiesta, é interrogada sobre estas diversiones.

— Pues bien.....¿ cómo lo diré ? — exclamaba. — Me parece que poco más ó menos todo es lo mismo.

Al día siguiente del primer baile, su padre le había dicho : — ¿ Qué tal, hija mía ?

— ¡ Pues mira, la verdad es que en resumidas cuentas estoy cansada !

—¿Y los jóvenes con quienes has bailado?

—¡ Ah ! mis compañeros de danza, mis danzantes

¡ Vamos, la verdad es que esperaba que tuvieran un poco más de chispa y de alma !

Con este motivo su padre llegó á sospechar que la niña habría leído á escondidas en el convento á Schopenhauer.

—¡ Schopenhauer ! ¿y quién es ese individuo ?

—Ah, querida hija mía, un gran enfermo, que padecía una enfermedad que está de moda y que los alemanes llaman *Welstchmerz*, ¿no sabes alemán?

Sonrió Berta, y sacando de su bolsillo una monísima cartera en donde asentaba los pensamientos que más le gustaban en sus lecturas, señalóle con el dedo á su padre una página diciendo : “ ¿ Es esto por ventura ? ” Y el padre leyó : “ El hastío, ese inexorable hastío que constituye el fondo del alma humana.” (*Bossuet*).

Su padre en cierta ocasión, yendo de paseo con ella, acertó á pasar ante la pobre vivienda de uno de sus obreros, á la sazón enfermo. La invitó á penetrar con él en aquel miserable albergue, y Berta entró y vio al pobre enfermo, á su mujer y á sus hijos, y en medio de la relativa limpieza de aquella casita, oyó la voz del desamparo y de la miseria que llamaban á la puerta de su corazón. Fue una revelación..... su corazón latió apresuradamente de un modo desusado..... Parecíale que Dios la llamaba : ¡ Hija mía, hija mía ! Y desde aquel día las diablejas negras de su cochecito no conocen otro camino que el que lleva á los pobres tugurios de la aldea, escalonados á lo largo de callejuelas estrechas, expuestos á la intemperie y á la lluvia, en donde tiritan los enfermos ó lloran las madres ; pobres cabañas, en las que se quejan de hambre los pequeños, establos en que nacería Jesús, si hoy debiera nacer otra vez.

Y hé aquí explicado el origen de su dicha. Estaba cuidando á una pobre madre que yacía enferma al lado de la cuna de su niño : le había llevado un manto de abrigo, un poco de vino rancio y succulento extracto de carne, unas mantillas para el recién nacido..... ¡ qué sé yo cuántas cosas ! Y al ir á despedirse, una niña, la hija mayor de la enferma, Irma, que mecía la cuna del niño y que con ojos llenos de fijeza y de asombro había visto cómo cuidaba aquella señorita á su madre, rompió á llorar sin decir una palabra ; después, desbordándose de su corazoncito el afecto, echó sus brazos al cuello de Berta, besándola y exclamando : “ Oh tú, tú eres buena ! ”

Y preguntáis ¿ por qué era dichosa Berta, la rica, la hermosa Berta ?.....

Por aquel beso de la pobre niña, que se cuelga de su cuello y le dice que la ama.

— Así que las diablejas negras tienen que correr, no hay más remedio, tienen que correr á escape !

—¡ Querida Morton, yo no puedo ir á este paso ! ¡ el camino es excelente, no hay peligro, yo respondo ! Y azotando con la punta de su fusta el lomo de sus jaquitas, éstas recobraron el trote largo, que se transformó en galope rapidísimo, vertiginoso, al través de los corpulentos árboles que sombreaban el camino.

Al extremo formaba éste una curva rápida, y sin frenar su fogoso tronco, Berta, aflojando las riendas, lo obligó á describir la curva : desgraciadamente vio demasiado tarde á un obrero que caminaba en dirección contraria. “ ¡ Cuidado ! ” gritó Berta.

De un salto el obrero se puso fuera de peligro, pero manchándose en el lodo de la cuneta. Una inmundada blasfemia y maldiciones de odio hirieron los oídos de la joven.

El coche se alejaba rapidísimamente..... y no oyó más ; pero pálida, temblorosa, con el corazón oprimido : —Juan—dijo á su *groom*—¿ conoce usted á ese hombre ?

—¡ Ah, señorita—respondió Juan—ya le dije á usted que no convenía ir á casa de esa mujer !..... es Guillermo, su marido. Es el peor sujeto de este cantón. Este es el que hace dos años quiso incendiar el castillo de la señorita, y tenía ya preparado el petróleo. Nada se puede conseguir de semejante gente, y si la señorita quisiera creerme.....

—¡ Bien, Juan, bien, te lo agradezco. Esas gentes no nos conocen, y es menester que nos conozcan; volveremos, pues, allá !

Berta cumplió su palabra.

Entre todos los enfermos á quienes visitaba, la pobre madre era la preferida; y por cierto que iba mejorando á ojos vistas, reanimada por la solicitud, y más aún por el amor de Berta.

¡ Oh, quién supiera pintar, para ponerlos delante el hermoso cuadro que contemplaban entonces los ángeles !

La madre, incorporada un poco en las almohadas de su pobre lecho, aún pálida, pero empezando á sonreír á la vida que volvía á recobrar; á su lado Berta, sentada en una silla de tosco pino, ensayándose en fajar en sus mantillitas al pequeñín; delante de ella la niña mayor Irma, pobre rapazuela de seis años, dándole uno á uno los alfileres para sujetar las fajas; y la madre, dirigiendo de cuándo en cuándo con su débil voz aquella dulce maniobra, para la que no se daba Berta mucha maña.

Era de ver aquél pobre lecho rozando el traje de seda, aquella pobre Irma, casi cubierta de harapos, apoyándose con amor y confianza en la bella castellana, y á las tres cambiando entre sí alegres ocurrencias y dichos, como si fueran tres hermanas.

Mas hé aquí que la puerta se abre, y el padre, que volvía de predicar la huelga y de dar el mal ejemplo dejando el trabajo, se presenta de improviso.

Al ver á Berta entre su mujer y su hija y con su hijo pequeño sobre sus rodillas, el corazón del obrero dio fuertes sacudidas en su pecho, porque tenía buen fondo; mas

no sé qué maldito hálito le había envenenado, y acababa de jurar en su reunión socialista que él no se ablandaría jamás.

No se descubrió la cabeza y permaneció de pie clavando en Berta una mirada llena de maldad con relámpagos de odio.

Berta se levantó de la silla, y dirigiéndose á él, le alargó la mano, no sin un ligero estremecimiento.

—¡ Hola, amigo mío Guillermo—empezó á decir, é interrumpió la frase poniéndose como la grana.—Amigo mío, mucho sentí lo que sucedió el otro día; pero mis jaquitas corrían tanto, y yo le vi á usted tan tarde !

Aquellos hermosos ojos, aquella dulce voz de mujer que tomaba inflexiones de tanta amabilidad, le conmovieron; pero se acordó del Club y de sus compañeros de jaranas que se burlarían de él, y se mantuvo duro.

—¡ Ya, ya, para vosotros los ricos ¿qué significa un obrero? A un obrero, pues, se le aplasta como á un topo fuera de la madriguera.

—¡ Bestia—gritó su mujer prorrumpiendo en sollozos—pero tú no estás viendo lo que esta joven hace por nosotros !

—¡ Que nos paguen los ricos nuestros sudores, y no necesitaremos de sus limosnas !

Y la pequeñuela Irma, abrazada á sus rodillas, le decía : —¡ Pero papá, si es tan buena, es tan buena !

—¡ Quítate allá—repuso el padre arrojándola lejos de sí.

Berta se echó á llorar.

Abrazó y besó á la enferma, besó á su hija, y puso el pequeñín en la cuna.

—Hasta la vista—dijo con suave inflexión de voz y dominando su emoción,—algún día me conocerá usted mejor.

La enferma se curó por completo, y desde entonces Berta prodigó cada vez menos sus visitas; pero todos los

días, por disposición suya, Irma venía al castillo, y cuando volvía, siempre volvía cargada de regalos.

Tanto, que poco á poco fue cambiando de aspecto la pobre casa, en donde parece que había vuelto á penetrar la comodidad y la dicha; pero el odio ardía, sin embargo, en el corazón del padre. Tantos y tan repetidos beneficios no ablandaban su corazón.

—¡ No es posible lograr nada de gentes como ésta, señorita—decía Juan!

Y ella, llena de confianza, exclamaba: “¡ No nos conocen todavía, Juan, algún día nos conocerán mejor!”

Sucedió que un día Irma no acudió al castillo á la hora convenida. Y ved á Berta extrañada primero, después inquieta, porque la joven tenía singular cariño á aquella niña que tan ingenuamente la amaba. Berta mandó enganchar sus jaquitas, y partió.

Encontró á la madre llorando y con el pequeñín en su regazo.

—¿ Dónde está Irma?—preguntó.

—¡ Ah!, señorita, Irma está enferma de gravedad, vino el médico y no ha querido por nada decir lo que tiene; pero ha mandado que la separen del chiquito.

—Pero..... ¿dónde está?

—Mi hombre le ha hecho una camita allá en el lavadero y allí está con ella: él quiere mucho á esa hija de mi alma..... ¡ Oh, si sucediera una desgracia, qué sería de nosotros, Dios mío!

—¡ Vamos, vamos, buen ánimo! ¡ Voy á verla!

Detrás de la casita, adosada al muro, había un colgadizo en donde se hacían las coladas tan necesarias á los carboneros, y allí cerca del horno, el padre había compuesto, bajo cuatro tablas viejas, una camita para su pobre niña; y allí estaba pensativo velando á la cabecera.

Cuando Berta empujó la puerta se estremeció el obrero, y extendiendo los brazos hacia adelante:—¡ No éntre usted—gritó—no éntre usted!

—Ya es tarde—exclamó Berta con deliciosa sonrisa—ya estoy dentro.

—¿ Pero usted sabe lo que tiene esta chiquita? ¿ Sabe usted que podría usted morir..... ¡ tiene la difteria!

Berta sintió un estremecimiento rápido como un relámpago que recorrió todo su cuerpo. La naturaleza humana instintivamente temblaba; mas en medio de ese relámpago oyó la voz de Dios por segunda vez, que la llamaba: ¡ Hija mía! ¡ hija mía!

Y acudió á la voz de Dios.

—¡ Ah! ¡ la difteria! ¿y no es más que eso?

—¡ Pero le digo á usted que es contagiosa, que es mortal!

—Nadie se muere hasta que Dios quiere, amigo mío, dejadme ver á la niña. Y se encaminó á la camita en donde Irma reposaba. Estaba roja como la escarlata, la pobre-cita abrasaba, devorada por la fiebre, y por entre sus dientes apretados se escapaba su respiración como un hipo estridente.

—¿ Le han dado lo dispuesto por el médico?—preguntó Berta.

—No he podido lograrlo: la niña no quiere abrir la boca.

Berta tomó un pincel, y echó en una copa el contenido de un frasquito.

—Tenga usted esto—dijo al padre, y después inclinandose sobre la enfermita:—Irma—le dijo con voz amorosa.

La niñita entreabrió los ojos, y al reconocer á Berta, una sonrisa embelleció sus abrasados labios.

—Soy yo, hijita mía, y voy á curarte: ¡ ábre bien la boquita, querida!

Y la niña obedeció. Berta, con gran presteza, le humedeció la garganta. Volvió otras dos veces á hacer la misma operación: la niña sufría, retorcía los bracitos, pero era Berta, y por Berta ella quería sufrirlo todo.

—Hemos concluído, queridita mía. ¡Ahora á dormir! y la arropó cuidadosamente como lo hubiera hecho su propia madre.

—La salvaremos —dijo al obrero.—Hasta dentro de muy poco. Adiós.

Las diablejas negras no reposaron durante tres días: del castillo á la casita, de la casita al castillo, corriendo sin cesar.

Nadie hubiera reconocido áquel rincón del lavadero: una camita de hierro cubierta de blandas mantas y limpia colcha había sustituído al desvencijado lecho de Irma; el banquillo de madera en donde velaba el padre, había sido arrojado fuera, y ahora, asentado en blando sillón de muelles, contemplaba á su hija que dormía con sueño tranquilo. ¿Qué pasaba en aquel corazón de bronce? Todavía no había salido de su boca una palabra de gratitud..... Cuando las lágrimas se agolpaban á sus ojos, se las sorbía hacía dentro. “He jurado, decía, no ablandarme por nada,” y ahogaba los sentimientos de su corazón. ¡Pero cómo le hervía la cabeza, qué tempestades se desencadenaban en su alma!

La tarde del tercer día, al irse á retirar Berta, uno de los encajes que adornaban las mangas de su vestido se enganchó en el pestillo de la puerta y se desgarró:

—¡Jesús, qué desmañada soy!—exclamó la joven—y cogiendo el pedazo que colgaba desgarrado, lo acabó de romper con viveza y lo tiró fuera de la puerta.

—Hasta mañana—dijo Berta—¡Creo que nuestra niña se ha salvado!, y partió.

Cuando ya estaba lejos, el obrero sintió en esta ocasión que el corazón se le deshacía en lágrimas. Tomó la luz que alumbraba el mezquino cobertizo, y registrando con los ojos si alguno le podría observar en el campo, abajándose hacia la tierra, empezó á buscar el pedazo de encaje desgarrado. Le encontró, y escondiéndolo, entró en el tu-

gurio de su niña, y allí solo, vueltas á ella las espaldas, contempló un momento aquel pedazo de encaje; después, como si fuera la reliquia de un santo, lo besó con prolongadísimo beso..... doblólo cuidadosamente con sus toscos dedos, lo envolvió en un pedazo de periódico, y con un alfiler lo sujetó sobre su camisa encima del corazón.

¡Ah, sin las malas compañías, Guillermo sería otro hombre..... Mas los compañeros le llamarían cobarde!

Al día siguiente Berta no volvió.

Por la tarde, cuando el anciano médico vino á ver á Irma en su chiribitil: “¡Albricias, le dijo á Guillermo, aquí todo va bien: la niña está fuera de peligro, pero creo que la señorita Berta no saldrá de ésta!”

El obrero dio un grito que parecía un rugido, y asiendo ambas manos del doctor:

—¡Oh! pero..... la señorita Berta no tiene la difteria, ¿no es verdad?

—Sí, Guillermo, es la difteria, y en un grado de que desgraciadamente pocos escapan.

—Pero, ¿verdad que no morirá, verdad que no?

—Mucho me lo temo..... los ángeles suelen volver tan pronto al cielo!

—Oh, lo que usted dice es horrible.... Me voy á volver loco. ¡Conque es decir que aquí la hemos matado!..... Ah, señor doctor, yo nada entiendo, pero he oído decir que..... ¿Es cierto que puede uno dar su sangre á otra persona?..... ¡Ah, aquí está mi sangre, toda, toda estoy pronto á darla por ella!..... ¡No! ¡no! ¡no! ¡es imposible que muera!..... ¡Esto es horrible! ¡horrible!.....

—Vamos, tranquilízate, Guillermo; en este caso para nada sirve tu sangre. Ruéga á Dios por ella..... aunque según las trazas, no me parece que tienes tú mucha costumbre de rezar.....

Cuando el médico lo dejó solo con Irma, el obrero se dejó caer en su sillón, y apoyando los dos codos sobre la

mesa se sujetó con ambas manos la cabeza..... Después, de repente, corrió á la camita de Irma, y arrodillándose delante de su niña: "Irma, le dijo, ayúdame á decir el Padre nuestro, ¡dímelo despacito, hijita mía!....."

La niña cruzó sus manecitas: Padre nuestro, que estás en los cielos, decía ella con su dulce vocecilla. Y el padre repetía: Padre nuestro, que estás en los cielos..... Y en torno de aquel pobre albergue se escuchó el aleteo de los ángeles que recogían y llevaban hasta el trono de Dios la oración de aquel corazón endurecido.

Dos días después no hubo esperanza alguna de vida para Berta. Y al anochecer se pudo observar á Guillermo que al través de la negra sombra de la alameda de árboles, con precipitados pasos, febril y el corazón oprimido, se dirigía al castillo.

Llamó: Juan, que estaba advertido, salió á abrir.

—Dijéronme que la señorita Berta quería que viniese.

—Sí, sígueme—dijo Juan.

Y al través del gran parque de entrada, á lo largo de la escalera de mármol blanco, sobre los tapices de Esmirna, donde se hundían sus toscos zapatos, en medio de los mármoles y bronces marchaba el pobre Guillermo sin ver nada.

Al extremo de un corredor, Juan abrió una puerta..... Estaba Berta allí reclinada en un lecho de colcha blanca festoneado de seda azul; la fiebre hacía resaltar más su encendido rostro sobre la blanca almohada; y como si Dios no hubiera querido que la desfigurara la enfermedad, sus ojos conservaban aún su mirar dulce y apasionado, y sus labios su cariñosa sonrisa. Indicó al obrero por señas que ella no podía hablar, y le alargó su mano.

Entonces él se arrojó con las dos rodillas en tierra, y asiendo con sus manos temblorosas aquella manecita pálida:

—¡Perdón—gritó entre sollozos—perdón, perdón, lo pido por Dios, por la Virgen Santísima! por..... No pudo continuar, la emoción sofocó su voz, mas sus labios que se agitaban mudos, besaban una y muchas veces aquella mano de la moribunda, y sus ojos la bañaban con lágrimas ardientes, abrasadoras lágrimas en que iba envuelta toda su alma destrozada, todo su corazón arrepentido!

Berta no cesaba de sonreír, y como si hubiera esperado á esta hora y ya no hubiera nada que pudiera retener su vuelo; de pronto se incorporó en su lecho, sus ojos se fijaron con expresión extática en el espacio. Vio á los ángeles que venían á su encuentro con coronas de rosas y azucenas..... Por tercera vez oyó la voz de Dios que la llamaba:

—¡Hija mía, hija mía!

—¡Al cielo—exclamó—al cielo! y dejó caer hacia atrás la cabeza murmurando: "¡Oh, cuán dichosa soy!"

Después sus ojos se cerraron..... Aquel alma se elevó á las alturas.

¡Los ángeles vuelven tan pronto al cielo!

P. VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

ORACION FAMILIAR

DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Como Rector del Colegio, y en nombre del Claustro que tengo el honor de presidir, declaro cerrados los estudios del presente año escolar.

Y conformándome con nuestras veneradas tradiciones, que son parte integrante de nuestro derecho, voy á repartir los premios que he otorgado, después de oír los informes de los superiores y catedráticos, á los alumnos que en Dios y en mi conciencia, los han sabido merecer.

El sistema de recompensar á todos ó casi todos los educandos, reconociendo en cada uno la prenda que lo adorne; práctica excelente para los Colegios menores donde el niño necesita recibir constante é inmediato y palpable estímulo, no tiene cabida en claustros como éste, compuestos de jóvenes que mañana no más saldrán al mundo á la lucha tremenda donde ha de quedar triunfante el deber, cumplido sin retribución inmediata, y á veces á costa del sacrificio de los más caros intereses.

Al testimonio de honor que como jueces les tributan sus superiores, ha de unirse en breve el que, como testigos, les discernirán los catedráticos en los exámenes que principiarán mañana.

No tienen por qué sonrojarse los que en esta sesión no reciban premio alguno; el hecho de estar en el Colegio del Rosario es prueba de su buen porte, de su voluntad de estudiar; porque no es ésta una máquina movida por impulso extrínseco y que puede contener elementos extraños que turben el andar de las ruedas; sino que es organismo vivo que rechaza y elimina todo lo ajeno á su naturaleza. Ved aquí por qué el simple título de hijo del Colegio ha sido y es timbre de honor para quienquiera que lo lleve.

El premio aquí no consiste en objetos más ó menos valiosos que mañana nada significan, y unos días después desaparecen; sino en el homenaje de aprecio y de estima que rinde el maestro al discípulo; y se lo rinde en público, y de ello queda constancia en nuestros archivos, y en la REVISTA DEL COLEGIO, que va á todos los ámbitos de la Nación, y perdurará por años y por siglos en las bibliotecas de los eruditos y bibliófilos.

Mas no reside en esto lo principal de vuestra recompensa: más que la estimación ajena vale la propia, cuando el orgullo no la empaña ni la empequeñece la vanidad; más que los aplausos es el testimonio de la conciencia que dice al joven: Has cumplido tu deber, ganaste el tiempo,

has correspondido á las esperanzas y sacrificios de tus padres, y Dios está contento de tu conducta.

Y, con tan hermosos pensamientos, vais á trocar dentro de breves días el vestido ciudadano por los arreos de viaje, emprenderéis camino de horas, ó de días, ó acaso de semanas enteras, hasta que, á vueltas del recodo del camino, ó desde la colina que señorea vuestra tierra nativa, alcancéis á columbrar la blanca torre de la iglesia, los techos de las casas en medio de los grupos de árboles, los conocidos prados y labranzas, el arroyo que os saluda desde lejos con el murmurar de sus aguas; entre las habitaciones alcanzáis á divisar la vuestra y veis subir la columna de humo azulado que os dice que allí sois esperados con ansia. Llegáis por fin, y os reciben los brazos del padre amantísimo y sentís en vuestra frente el bendito contacto de los labios maternos.

Dos meses ó más, en seguida, de absoluto descanso, de mimos y caricias de los propios, de parabienes y simpatías de los extraños; después la vuelta al Claustro en posición más honorífica, á seguir estudios nuevos y atractivos; en perspectiva el fin de la carrera, la ansiada borla de doctor; ruido en el mundo, honores y fama merecidos, una fortuna honradamente conseguida, una nueva familia, vejez tranquila rodeada de respeto y endulzada por el amor de los vuestros, por la gratitud de los que habéis colmado de beneficios.

Y á los maestros, ¿quién nos da nuestro premio?

La mayor parte de entre vosotros dura en los claustros cuando más cuatro años; los que concluyen carrera profesional, ocho ó diez. Entre nosotros unos llevan quince, otros veinte, treinta años de enseñanza; alguno ha cumplido el medio siglo. Delante de los ojos no tenemos más perspectiva que seguir en la misma tarea hasta que le pongan punto la decrepitud ó la muerte.

Compartimos vuestras fatigas, obdecemos la voz de la campana, vivimos sujetos al estudio del que enseña, más

duro que el estudio del que aprende; cansamos la mente para ponernos al nivel de las inteligencias infantiles, y los órganos de la voz para instruírlas, y, junto con todo eso, tenemos los cuidados, las zozobras, las amarguras que van trazando cada año un nuevo surco en nuestros rostros y regándonos un puñado de nieve en la cabeza.

Cuando, dentro de unos días, alcéis todos el vuelo, como avecillas á quienes se abre la jaula, nosotros, sujetos á otros deberes, nos quedamos aquí prisioneros. Por las tardes, en los corredores anchísimos y desiertos retumban fúnebremente los pasos; el viento zumba y se queja en los salones abiertos y vacíos, y las golondrinas que vienen por centenares cuando los estudiantes se van, vuelan y gorjean hasta que principia el crepúsculo, y entonces se posan en los robustos barandales del claustro superior, esconden las cabecitas bajo el ala, cierran los ojos y se duermen para esperar la aurora siguiente.

Son las mismas que hicieron hace un año sus nidos bajo los aleros y en los entresuelos del edificio; al fin del año próximo volverán al hueco familiar; pero la mayor parte de vosotros, compañeros, amigos y discípulos nuestros, no retornará á este nido del alma. Algunos seguirán viviendo, con el espíritu, en comunión con el vetusto instituto, con los viejos profesores, con las memorias de la edad de oro de la vida; otros lo olvidarán todo: claustro que los abrigó y los hizo buenos é instruidos, rector que sufrió tanto por ellos, capilla donde oraron, camaradas que les endulzaban el estudio, imagen de María que los arropó con su manto.

Nuestro premio no son riquezas que despreciamos y que siempre fueron esquivas con los maestros de escuela, ni honores que hemos renunciado, ni ocio que nos enervaría el espíritu, ni tranquilidad imposible en quien gobierna.

¿Cuál es, entonces, nuestro premio?

Tal y tan grande que excede, y en mucho, á todos nuestros esfuerzos, á todos nuestros dolores y sacrificios.

La ciencia moderna, después de investigaciones de tres siglos, ha venido á *descubrir* una teoría, proclamada por Santo Tomás cuatro centurias antes: la unidad de las fuerzas del universo físico. Según ella gravitación, calor, luz, magnetismo, son diversas manifestaciones de un solo principio. Puede ser que, en otro medio siglo, la ciencia *descubra* la otra mitad de la doctrina tomista: la unidad de la materia. Y si no da con esa verdad, peor para la ciencia.

Perdonadme la digresión. Entre otros síntomas de que la vejez se aproxima para mí, advierto el amor que les estoy cobrando á los paréntesis.

Sigamos pues. Hay también unidad de fuerzas en el orden moral. Santidad, heroísmo, trabajo, abnegación, todas son formas diversas de una sola fuerza, de una sola *energeia*, como decían los griegos, y ese principio de vida y movimiento es el amor.

Dadme la inteligencia de Aristóteles ó Leibnitz, el talento infatigable de Newton y Pasteur; la adivinación del descubridor de América; las dotes militares de Alejandro, las visiones de Dante ó de Goethe, sin amor, y por lo mismo sin entusiasmo, sin brío, sin eficacia; y no poseería hoy el mundo las *Categorías* ni el *Cálculo*; acaso estaría ignorado el mundo occidental; no habría penetrado la cultura griega en Oriente; no habría *Divina Comedia* ni *Fausto*.

Así como el principio universal de fuerza, según como obre, produce luz, calor, electricidad, movimiento, así el amor en Platón es sabiduría; en Laplace, ciencia; en Aníbal, heroísmo; en Bolívar, libertad; en Luis de León, en Ticiano, belleza. Y en los Apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, amor es santidad. Y del propio modo que el fuego calienta y abrasa, la luz ilumina y ciega, sostiene y derrumba la gravedad, y es la electricidad rayo que mata, y telégrafo y fonógrafo y teléfono que hacen fácil y agradable la vida: así el amor es santidad y crimen; opresión y libertad, atraso y adelanto, felicidad y desgra-

cia. Todo depende del modo de regular esa fuerza irresistible, del bueno ó perverso fin á que se encamine.

Amor á la riqueza es economía ó avaricia; amor á los honores es estímulo ó ambición; amor al placer es honesto descanso ó disolución vergonzosa. Pero hay un amor que á todos los modera y dirige y santifica: el amor á Dios, que se llama por excelencia *caridad*.

Se traduce, según el mandato de Cristo, en dilección al hombre, al *prójimo*, según la profunda expresión cristiana, sin distinción de bueno ni malo, amigo ni enemigo, griego ni bárbaro, ni escita. Pero en el amor hay un orden: *Ordinavit in me caritatem*. Primero los unidos con el vínculo de la sangre, los amigos, los bienhechores. De aquí nace la caridad para con el suelo patrio: *caritas patrii soli*, que decían los romanos. ¡Cómo no!, si la patria es la cuna de nuestros mayores, el lugar de nuestro nacimiento, las memorias arrobadoras de la niñez, las glorias de nuestros héroes, la santidad de nuestros padres en la fe; el claustro donde aprendimos, el *home* de nuestra alma, el cementerio donde duermen los nuestros, el teatro de nuestros combates y victorias.

El maestro cristiano, mayormente si es sacerdote, vive dominado por tres amores: Dios, las almas, la República.

Llega al Colegio un niño, un joven. El maestro lo ve por vez primera, le cuesta trabajo recordar la fisonomía y el nombre, no le ha tratado aún, y ya le ama; y tanto que por educarlo, por hacerle el bien, por endulzarle los enojos de la vida estudiantil, sacrifica tiempo, salud, reposo, honores, la vida misma. ¡Gozo como verlo crecer juntamente en edad, en conocimientos, en virtudes; observar cómo va dejando la nativa broza, limando los ángulos y aristas del carácter; darle un día el diploma de maestro, y presenciar después sus primeros triunfos, los loores que los extraños le tributan; leer en tipos de imprenta sus escritos, bendecirle la unión con la mujer amada en la capilla del Colegio!

Si el alumno es agradecido, tiene el maestro un privilegio que sólo á él se concede: el de adquirir amigos, pero amigos de veras, en la edad madura. Si el discípulo tiene mala memoria para los beneficios, ¡oh! mucho mejor, por cierto lado. Soy cimiento, dice el maestro, del suntuoso edificio que todos alaban; perdí la mano izquierda en Lepanto, peleando como soldado raso; lo hice por Dios, y El lo sabe; por el colegial, y él lo está aprovechando; por la Patria, y ella va á salir gananciosa con hijo tan brillante. ¿Os parece poca recompensa? Tengo corazón de madre. Cornelia olvidó que era hija de Escipión, por pensar que era madre de los Gracos.

Está el hombre de tal modo creado para la inmortalidad, que anhela por conseguirla aun aquí en este mundo. El cristiano, el filósofo se ríe de la que consiste en perdurar en la memoria de los hombres. Si el alma está en el cielo, embriagada de gloria infinita; ¿qué le importa la de este planeta, menor que un grano de mostaza entre la inmensidad de los astros, que son todos juntos como grano de arena delante de la grandeza de Dios á quien el alma posee total, perpetua y simultáneamente, según la magnífica frase de Boecio? ¿Y, por el contrario, si hubiera perdido su alma?..... *Cruciantur ubi sunt: laudantur ubi non sunt*.

¡Ni qué fama póstuma resultará á un rector, á un catedrático, cuyo modesto nombre tiene que ahogarse entre la multitud de grandes hombres, de insignes sabios que han vivido y enseñado en estos claustros!

Mas hay otro modo de vivir en la tierra á que puede y debe aspirar el cristiano humilde, por pequeño é ignorante que sea. Pensad que un pobre maestro, agricultor de almas, logre al cabo de años de trabajo conseguir un solo grano de trigo, y eso no producido en el campo estéril de su mente, sino robado de ajena troje; que siembre esa semillita en el terreno fértil de un discípulo talentoso y debrios, la riegue con cariño y buenos consejos, y la haga

producir el diez por uno. Muerto ya el preceptor y olvidado, aquellos diez granos, sembrados con más arte, darán el veinte; á la segunda cosecha, el cincuenta; el ciento á la tercera. Y después el trigo sobreabundará, y se henchirán hasta el tope los graneros del padre de familias. Y el pobre maestro de mente obtusa y escasas letras vivirá en la multitud ingente de varones buenos y sabios que levantarán a República á las cumbres. ¡Nadie lo sabrá! ¿Eso qué importa? ¿Dejáis vosotros de vivir porque vuestra existencia sea ignorada en la Cochinchina ó la Corea?

Mas hay un premio al maestro de buena voluntad, superior á los anteriores, tanto cuanto excede lo eterno á lo temporal, lo infinito á lo finito. Tenemos confianza en que Dios nos perdonará las infidelidades cometidas en nuestra mayordomía, porque es bueno, y compasivo con el pecador. Y en el cielo hay una gloria especial para los que enseñaron la verdad, predicaron el bien. *Los que instruyen á muchos en la justicia, dice la Escritura, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades.*

Os prometo, con la ayuda de Dios, cumplir el deber hasta el fin de la vida; haced vosotros lo mismo, y el porvenir es nuestro.

R. M. CARRASQUILLA

Octubre 31 de 1906

ANOCHECIENDO

(POESÍA QUE DEDICO CON TODO RESPETO AL SR. DR. RAFAEL MARRÍA CARRASQUILLA, MI MAESTRO Y PROTECTOR)

*Et jam summa procul villarum culmina fumant.
Majoresque cadunt altis de montibus umbrae.*

VIRGILIO

El sol desde el Ocaso

Su débil fulgor lanza; más azules
Se ven ahora los opuestos montes,
Y á recibir la Noche, en albos tules
Se envuelven los distantes horizontes.

Se acallan los rumores;
Va creciendo la gran melancolía;
La luna en el cenit aún no destella;
Se oye al templo sonar, y á su voz pía
Brotó en la altura la primera estrella.

Quisiera en esta hora
Alas tener, y visitar la cumbre
Que en luz orlada es reina del paisaje,
Y mecirme en los hilos de esa lumbre
Con que se dora el último celaje;

O en un lago cerúleo,
Bajo esta luz crepuscular, á solas,
El alma llena de un ensueño arcano,
Medio adormido al tumbo de las olas
Bogar.... bogar hacia país lejano;

O en una verde gruta
Tapizada de hiedras y de rosas,
En esta tenue claridad febea,
Escuchar el lenguaje de las cosas
Que tanto el grave espíritu recrea.

Y siento ansias profundas
De llanto y oración; y mi cabeza
A mi pesar con lasitud se inclina,
Y han bebido mis ojos la tristeza
Del cielo y la llanura y la colina.

Con claridad entonces
Escucho á la verdad que clama triste:
—“¿No ves, hombre, que sombra y nada eres?”—
Y enseña cuán fugaz es lo que existe
Con las tácitas frases de los seres.

Me dice el árbol viejo:

—Ya solo soy; las mustias hojas más
Me dejan á los soplos más sũaves;
No siento ni un rumor.... y en otros días
Me arrullaban los vientos y las aves.

Dice el pájaro viudo:

—¡Sólo el verjel de mis recuerdos amo,
¡Oh estrella de la tarde! En tus fulgores
Baña, piadosa, el florecido ramo
Do cantaba en un tiempo mis amores.

Y me dice la luna:

—Lámpara soy del soñador; levánta
A mí tus hondos ayes escondidos;
Vé á los cipreses de las tumbas; cánta
A esa tu muerta, á sus encantos idos.

Callado me encamino

A los altos musgosos paredones,
Cubiertos de verdosa enredadera,
A cuyo pie, con castas ilusiones
Despertóme el amor por vez primera.

Un can adentro ladra;

No es ese el mismo que lamió mi mano
En apacibles horas de alegría;
Oigo rientes voces, pero en vano
Trato de oír tu voz, ¡oh amada mía!

Y en tanto que la noche

La humana brega, compasiva, calma
Y suena una oración en toda cuna,
Comienza un dulce diálogo: el del alma,
Flor hija de los cielos, y la luna.

LUIS MARÍA MORA

Bogotá—1906.

CRÓNICA DE SEPTIEMBRE

Los alumnos de este Colegio, listos siempre á mostrar su cariño hacia sus Superiores, acaban de dar una prueba evidente de ello al celebrar, el 19 del pasado mes de Septiembre, el aniversario del natalicio del Sr. Vicerrector. Manifestaciones de igual clase han venido sucediéndose desde que el Sr. Dr. Jenaro Jiménez se halla al frente del régimen interno del Colegio, donde ha sabido captarse, por su caballerosidad y exquisito trato, la simpatía de las generaciones que desfilan por estos claustros.

En esta vez le fue obsequiado un cuadro verdaderamente artístico, con marco de ébano, que representa, en relieve, la acusación del Salvador ante el Pretorio de Pilatos; cuadro de Munkasy, en el cual resalta la figura de Jesús, llena de mansedumbre y serenidad cual corresponde á la inocencia infinita al ser juzgada por los hombres. Además, formaban parte del regalo dos obras: la *Historia de Napoleón*, escrita por un Oficial del Grande Ejército; y *El Quijote*, ambas en lujosas ediciones.

Nuestro condiscípulo, Sr. José M. Saavedra, encargado para ofrecer en nombre de los estudiantes los objetos mencionados, se expresó en los términos siguientes:

“Señor Vicerrector:

“Comisionado por los alumnos de nuestro Claustro querido, congregados aquí, vengo á presentar á usted el saludo de enhorabuena á que es acreedor por el día de mañana, que conmemora el de su natalicio, y á ofrecerle, en nombre de todos, esta fiesta que ellos han organizado en secreto, para satisfacer un deseo íntimo de sus corazones: es ella, como todo lo grato, momentánea; una de esas fiestas que no se ven, sino que se interpretan. Y siendo así que los alumnos de este Claustro glorioso no mudan sino de nombre al través de los años, y aun de los siglos, y

que es usted su actual Vicerrector, parece natural que algo muy elocuente debiera decir quien habla en nombre de tan altos obsequiantes, en presencia de tan digno obsequiado; mas, quizás con razón, no es dado á todos el dón inapreciable del buen decir, y es sabido, además, que, por su natural egoísmo, el corazón ha obtenido de la voluntad el privilegio de no permitir á los labios contar la manera como él siente todo aquello que sólo él sabe sentir. Es este el secreto indecible, el enigma inexplicable de que hablan los abrasados por un goce ó dolor íntimo. Hé aquí por qué he dicho que fiestas como ésta, no son para ser vistas, sino para ser interpretadas; á lo que agrego, que bien dedicadas estarán ellas, cuando lo sean á quienes, como usted, sepan apreciarlas.

“El presente con que los que me han encargado tan grata comisión, han querido simbolizar su complacencia por el día de mañana, es éste: nada, en verdad, puede haber más humilde, pero tampoco más valioso para usted, puesto que nada hay más estimable que una ofrenda afectuosa, como ésta, que es de las que el discípulo presenta al maestro, y el inferior al superior, cuando éste ha sido justo y agradecido aquél.

“Altamente complacido lleno mi honroso encargo, dejando en su poder lo que será para usted prenda de imborrable recuerdo y del más puro cariño; prenda que he mirado hoy, al ser depositada en mis manos, como se miran—¿por qué no confesarlo?—esas joyas preciosas que no se pueden poseer.

“Señor Doctor: Cuando el mérito se halla delante de la justicia, ambos están de parabienes: por tanto, los presento en esta vez con todo el entusiasmo de que soy capaz, á usted y á los alumnos que le obsequian.”

El Sr. Dr. Jiménez dio las gracias por la deferencia de que era objeto, con aquella sencillez y claridad que lo distinguen, y con frases que brotaban al calor del más profundo reconocimiento.

Nosotros, desde las columnas de la REVISTA, deseamos al Sr. Dr. Jiménez largos años de vida para bien de la Iglesia Católica y del Colegio del Rosario, que siempre reconocerá sus buenos servicios.

Nuestro antiguo condiscípulo el Sr. Colegial D. Olegario Albarracín, Bachiller en Filosofía y Letras, recibió el 22 de Septiembre pasado la ordenación sacerdotal en la ciudad del Socorro, de manos del Ilmo. Sr. Obispo de esa Diócesis.

Lo felicitamos de corazón y le deseamos ministerio fecundo para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Damos el pésame á nuestro respetado Consiliario y Catedrático Sr. D. Carlos Ucrós, por la muerte de su hermano D. Alejandro. Fue el finado hombre recto, cristiano de fe y de costumbres, modelo en su familia, ciudadano sin tacha.

ROBERTO CORTAZAR

HABLAN NUESTROS MAYORES

El Sr. D. José María Quijano Otero, diligentísimo investigador y guardador de documentos históricos, amante como muy pocos de las glorias patrias, concibió, allá por los años de 1860, el noble pensamiento de recoger alguna enseñanza, algún recuerdo de los grandes hombres contemporáneos ó actores de la Independencia, que aún sobrevivían entonces.

Destinó un álbum para los personajes civiles y otro para los militares. Uno y otro han sido puestos á disposición de los Redactores de esta REVISTA, por el distinguido caballero Sr. D. Enrique de Narváez, hijo político del Sr. Quijano Otero, y poseedor de los preciosos documentos. Reciba nuestro amigo el Sr. de Narváez la expresión de nuestro cordial agradecimiento.

El álbum destinado á los civiles no contiene sino tres escritos, inéditos según se nos informa y que publicamos en este número. El del Dr. Restrepo y el del Sr. Pombo están íntegramente de puño y letra de sus autores. El Dr. Tobar, que jamás tuvo amanuense, y que, á pesar de su edad muy avanzada, conservaba su clara y correcta letra, quiso en esa vez dictar el texto de su escrito al mayor de sus nietos, Miguel Antonio, hijo del altísimo poeta José Eusebio Caro.

Pueden considerarse estos tres artículos como el testamento de sus autores ilustres: el Sr. Restrepo fechó el suyo en 1860 y falleció en 1862; escribió el Sr. Pombo en 1862, y vino á morir en 1864; el Dr. Tobar puso al pie de su estudio: *20 de Julio de 1860*, y terminó su vida terrena en Abril de 1861.

LA FEDERACIÓN

La imitación del sistema de gobierno federativo de los Estados Unidos es el suceso más funesto de la revolución hispano-americana.

Desde el principio lo adoptaron Venezuela y Nueva Granada. La guerra civil, la desorganización y la debilidad fueron las consecuencias inmediatas, y por último la reconquista española y la muerte en un patíbulo de los Próceres de la Independencia.

La América Central y Méjico adoptaron también esta clase de gobierno. Pronto vinieron las guerras civiles, que desolaron el país y que disolvieron la Confederación de Centro-América, empapando esos campos en la sangre de sus hijos; al fin hicieron desaparecer su nacionalidad.

De la federación vino á Méjico la guerra de Tejas, que produjo otra con los Estados Unidos, en que perdió aquella provincia y el vasto y rico territorio de California.

En el Perú hubo la Confederación Perú-Boliviana, que terminó por una gran batalla en que se derramara mucha sangre.

Nadie ignora las guerras civiles de Buenos Aires, entre unitarios y federalistas, ni la sangrienta enseña de Rosas: “¡Mueran los salvajes unitarios!” que tanta sangre hizo verter por largos años.

En la Nueva Granada se ha establecido nuevamente la Confederación, y en tres años hemos sufrido ya tres guerras civiles, y estamos amenazados con la disolución y pérdida de nuestra nacionalidad.

Una parte de Venezuela, acaso por imitarnos, combate por la federación; á nombre de ella se sacrifican millares de víctimas de los “salvajes unitarios,” y la guerra está próxima á ser de castas.

Por consiguiente no hay país alguno de la América antes española, en que la federación haya producido bien á los pueblos. Los males han sido inmensos.

De aquí provenía el odio que tenía Bolívar á esta clase de gobierno. “La federación, decía, es la anarquía sistematizada.”

Hacemos votos al cielo por que al fin se establezca bien en la Nueva Granada. Mucho tememos que no sea así, y que después de continuas guerras civiles y de mucha sangre derramada, nos dividamos en pequeños Estaditos, dominados por tiranuelos oscuros y ambiciosos. Entonces sólo por un milagro político podríamos salir de aquella lamentable situación.

Bogotá, 9 de Abril de 1860.

JOSÉ MANUEL RESTREPO

El mismo asunto

Siguiendo la idea de un respetable patriota, contenida en la nota precedente, y que en las circunstancias políticas actuales exige más que nunca la contemplación de

la juventud inexperta, más interesada en la suerte de la República que la generación coetánea del año 10 del presente siglo, en los pocos individuos que de ella restan, y en cuyo número me cuento; me parece conveniente transcribir un dictamen de un eminente político y hombre de Estado, Mr. Guizot, en su Curso de Historia Moderna y de la Civilización, cuarta lección, del 9 de Mayo de 1828.

Dice así: "De todos los sistemas de gobierno y de garantía política, el federativo no hay duda que es el más difícil de establecer y que prevalezca. Consistiendo en dejar á cada localidad en cada asociación particular aquella porción de gobierno que le debe quedar, no se le debe substraer al general la necesaria é indispensable para el sostén de la asociación general que debe dirigirse al centro, para allí constituir la forma del Gobierno central.

"El sistema federativo, lógicamente el más *simple*, es en realidad el más *complicado*; porque para conciliar el grado de independencia y de libertad local que él deja subsistir, con el de orden general que él supone y exige en ciertos casos, se necesita evidentemente una civilización muy adelantada; es preciso que la voluntad del hombre, la libertad individual, concurre al establecimiento y sostén del orden, con más exigencia que en cualquier otro sistema, en la misma razón que son menores sus medios de coacción. Tal sistema, pues, exige con evidencia el más grande desarrollo de *razón*, de moralidad y de civilización en la sociedad á que se haya de aplicar."

¿Qué es lo que ha acontecido en todas las colonias españolas cuantas veces han hecho la aplicación desde las respectivas épocas de su independencia? Los mismos Estados norteamericanos, á los 78 años de su reconocimiento, ¿están exentos de oscilaciones que amagan su disolución? (1) Ahora, con respecto á la existencia nacional en

(1) Cinco meses después de escrita esta página, la Carolina del Sur (20 de Diciembre) daba el primer grito de secesión, principio de la gigantesca guerra del Norte contra Sur.—(Nota editorial).

una agresión extranjera para anexar nuestro país, como está sucediendo en Méjico, ¿qué será lo que suceda? Lo que Tácito en la vida de Agrícola escribió como un aforismo: *Singuli dum pugnant, universi vincuntur*.

Las reflexiones de M. Guizot se registran enunciadas en el oficio fecha 17 de Septiembre de 1787, por el Presidente Jorge Wáshington, remitiendo al Congreso el proyecto de Constitución de los Estados Unidos.

Los enemigos del gobierno central, necesario para salvar la nacionalidad, son como los apóstoles de la tolerancia, los más intolerantes cuando se trata de la concentración de los respectivos Estados, en términos que el Gobierno general viene á serlo en el nombre, y tan insignificante en el interior como en el exterior.

MIGUEL TOBAR

Bogotá, 20 de Julio de 1860.

Reminiscencia del Sitio de Cartagena

Quaeque ipse miserrima vidit....

A mediados del año de 1815, aciago para la causa de la Independencia por el desgobierno y por el cansancio de los pueblos, las mutuas animosidades personales que de tiempo atrás existían entre los Generales Manuel del Castillo Rada y Simón Bolívar, habían producido consecuencias funestas para la seguridad del país, á más de frustrar el plan de operaciones sobre la Provincia y Plaza de Santamarta, cuya ejecución fue encomendada al último de estos dos Jefes por el impotente Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. De la lucida División con que para tal objeto había bajado Bolívar el Magdalena, y para cuyo completo equipo rehusó proveer Castillo el armamento necesario del que existía en los parques y almacenes de Cartagena, sólo quedaban quinientos ó seiscientos hombres

en las sabanas del Corozal, á órdenes del Corouel Florencio Palacios, después de una tentativa inútil para desalojar de Mompo al español Larrús. Y no sólo acababa de perderse aquella importante ciudad fluvial: toda la línea del bajo Magdalena hasta Barranquilla, con sus fortines, su material de guerra y la división de bongos armados que, mientras estuvo guarnecida ayudaba á su defensa, se hallaban ya en poder de las tropas realistas samarias al mando de Capmany.

Sabíase en Cartagena el arribo á las costas de Venezuela de la expedición de Morillo, y se hacían algunos preparativos de defensa para el caso eventual de un ataque á la Plaza; pero preparativos lentos y en pequeña escala, casi limitados á artillar las murallas y desherbarlas, mejorar los fosos y el rebellín del frente de Santa Catalina, reparar estacadas y puentes levadizos, y construir un camino cubierto de fajinas del de la Medialuna al castillo de San Felipe: porque bastante se dudaba tener que habérselas con aquella respetable división marítima que había sufrido considerables descalabros en la isla de Margarita.

La situación exigía, además, gastos militares enormes, y para ellos quizá se contaba apenas con los escasos productos de la Aduana, los aprovechamientos del corso, y la venta ó acuñación en moneda macuquina de las alhajas de oro y plata de las iglesias: por esta transformación de cuño pasaron entonces el famoso sepulcro de plata de la Catedral, de carácter histórico, cautivo del Almirante francés Pointis en 1697, y la bella y valiosa palma del mismo metal con que galantemente fue devuelto por el Gobierno de Luis XIV.

En los primeros días de Agosto, un buque de guerra inglés, procedente de Santamarta, trajo noticia auténtica de haber llegado á aquel puerto la escuadra y el ejército español de Morillo, reforzado éste por un numeroso cuerpo de realistas venezolanos á órdenes del sanguinario is-

leño Morales. Procedióse con actividad, en consecuencia, á coleccionar ganados y solicitar víveres del Sinú y de las Antillas, poner en armas toda la gente disponible, hacer entrar los restos de los oficiales y tropa de la división de Bolívar, destinándolos en su mayor parte á la defensa del cerro y convento de La Popa, guarnecer suficientemente el castillo de San Felipe y los del Pastelillo y Bocachica, y arrasar en lo posible las inmediaciones de la Plaza.

El pueblo de Turbaco, que era el cercano más importante para un ejército sitiador, y contenía muchas espaciosas casas de recreo de los habitantes acomodados de Cartagena, fue incendiado íntegramente. Cuando se estableció el bloqueo por mar y tierra, dejando cerrada toda vía de socorro, la ciudad se hallaba desprovista de lo necesario para el mantenimiento por más de dos meses de las dieciocho ó diecinueve mil personas concentradas en ella, y pronto hubo que matar, salar y embarrilar caballos y burros, en calidad de reserva para último recurso alimenticio.

Como Teniente de Ingenieros, había recibido yo comisión para fortificar el cerro de La Popa, dándoseme por operarios unos ochenta soldados españoles de los prisioneros hechos por casual encuentro á bordo de la fragata mercante *Neptuno*, que conducía un cuadro á Panamá á órdenes del Brigadier Hore. Varios de sus oficiales habían sido asesinados brutalmente en las prisiones de la antigua Inquisición, por hombres exaltados que forzaron sus puertos en la noche del 6 de Julio, y estos infelices temían para sí á toda hora atentados semejantes; pero, logré protegerlos y tranquilizarlos, á más de proporcionarles, en medio de la escasez, suficiente ración con arbitrios diversos, y correspondían á estos cuidados trabajando bien. Ni los tuvieron olvidados tampoco para agradecerlos, cuando más tarde se les presentó á algunos de ellos la ocasión de servirme, hallándose salvos y yo preso después de un naufragio en el castillo de San Jerónimo de Portobelo.

Las fortificaciones emprendidas y llevadas con perseverancia á buen término, consistían: 1º, en una línea angulosa de parapetos con sus banquetas para fusilería y lanza, que cerraba todo el lado accesible de la meseta del Convento, quedando el terreno con cuatro ó cinco varas de escarpa hacia afuera, y cuyo extremo, mirando á la plaza, daba entrada al interior por un puente levadizo sobre un foso revestido de piedra; y 2º, en un reducto circular flanqueante de estos parapetos, á espaldas de la sacristía de la iglesia, con un mortero pedrero y dos piezas ligeras de artillería que dominaban y enfilaban la angostura superior del camino de subida. En éste se practicó una cortadura á inmediaciones del reducto, escarpado también; y en la punta del cerro se situaron dos ó tres piezas de á doce, cuyos fuegos barrían el playón de Alcibía y las orillas de la laguna de Tesca. En lo material, todas las defensas eran por el estilo de las que acostumbábamos levantar sobre el Magdalena: estacada doble maciza, bien enterrada y trabada, con forro interior de tabla ó ramaje y relleno de tierra.

Mandaba en La Popa el General Francisco Bermúdez, cumánés, recién emigrado de Venezuela: y cuando éste reemplazó á Castillo en la plaza, á mediados de Octubre, por el indecoroso arbitrio de un motín militar, quedó la Comandancia á cargo del Teniente Coronel Carlos Soublette. El noble y simpático inglés Stuart, distinguido oficial de cazadores que de tiempo atrás prestaba con amor sus servicios al Estado de Calamar, y que por ellos estaba destinado á morir en un banquillo en 1816, junto con García de Toledo y otros patriotas ilustres, se instaló como jefe en el reducto, atraído por su importancia clásica, y pasaba en él las noches reclinado sobre la carronada del mortero, con la mecha encendida al lado. Recuerdo allí presentes á Carreño y Piñango, y á otros militares de lúcido porvenir. Al principiarse las obras de fortificación, subía yo diariamente á pie dos veces de la ciudad al cerro y

pernoctaba abajo: después quedé incorporado á la guarnición por algún tiempo. Mi acompañante, asiduo en la supervigilancia de los trabajos, y quien durante mi ausencia llenaba oficiosamente en cualquier eventualidad mis funciones, y quien más me auxiliaba en la difícil tarea de proteger contra ruines insultos á los obreros españoles, era un joven venezolano, de nariz bien perfilada, tez blanca y cabos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto: á este joven oficial, la Providencia en sus altos designios lo tenía previsto para figurar un día en el catálogo de los más esclarecidos guerreros, libertadores de la América del Sur, con el glorioso título de *Gran Mariscal de Ayacucho*.

En su calidad de puesto avanzado y de mirador con vasto horizonte, La Popa, que durante la noche exigía vigilancia suma, aunque su acceso único estaba protegido por la artillería del castillo de San Felipe, proporcionaba durante el día para nuestro entretenimiento variados espectáculos. Del lado de la plaza y el mar los movimientos de la escuadra bloqueadora, repartida por mitades entre Punta Canoa y las inmediaciones de Bocachica; los de nuestra flotilla casi inútil de goletas, corsarios ó piratas, lanchas cañoneras y bongos de guerra en la bahía; los trabajos de los muelles ó arsenales; y muy de vez en cuando la aparición entre la bruma matutina de algún buquecito con víveres, que habiéndole amanecido cerca de la ciudad, hacía esfuerzos heroicos de vela y remo, siempre felices, para guarecerse bajo sus murallas eludiendo la persecución enemiga.

Unos veinte días consecutivos estuvimos observando con ansiedad la marcha lenta del casco viejo de un bergantín, que se intentaba conducir á remolque hacia Pasacaballos, para obstruir la boca de aquel estero: tan lenta fue en las cinco millas de trayecto, quizá por falta de vigor de los remeros, que no alcanzó á llegar á tiempo á su destino.

Del lado de tierra teníamos con frecuencia, al despuntar la aurora, las descubiertas enemigas de infantería y ca-

ballería, ó los grandes reconocimientos de pura ostentación del ejército español, que desplegaba en el fondo del playón sus hermosos batallones y escuadrones de relucientes armas, hasta donde nuestros fuegos se lo permitían, y avanzaba piquetes sueltos para explorar los bosquecillos y para dejar intimaciones ó proclamas en tablillas puestas al extremo de un palo hincado en tierra. Estas excursiones solían organizar pequeños tiroteos con partidas de la guarnición de la plaza, también en descubierta, ó apostadas al efecto. Quedó abandonado un día el cadáver de un soldado español: conducido á Cartagena, la turba embravecida del barrio de Jimaní se apoderó de él para arrastrarlo por las calles mutilado, con febril regocijo. En otra ocasión, una partida nuestra de húsares, mal montados y peor comidos, se emboscó en las avenidas del playón con el encargo de coger vivo algún soldado de quien pudieran obtener informes, y esto dio lugar á una interesante escena. Habiéndose adelantado de un piquete enemigo dos hombres en famosos caballos, y uno de ellos, que avanzó algunos pasos para clavar, según costumbre, un palo con la tablilla que conducía, fue rodeado súbitamente por nuestros húsares; advirtiéndolo el camarada, voló sin vacilar en auxilio suyo con sable en mano, desparpajó á los contrarios en un abrir y cerrar de ojos, y ambos, sanos y salvos, se reincorporaron á pequeño trote en sus filas.

Nosotros los espectadores de la Punta del cerro aplaudimos con estrepitosos palmoteos acción tan gallarda, que nada perdía de su mérito por la notable diferencia de cualidades físicas entre los combatientes.

En la madrugada del 11 de Noviembre fue atacada La Popa por una columna de ochocientos hombres escogidos, que acaudillaba el más distinguido oficial de cazadores del ejército español, Teniente Coronel Maortua, y que al favor de las tinieblas y de un profundo silencio, había logrado trepar sin ser sentida ni ofendida. Las fortificaciones, sus leales defensores, que no llegaban á doscientos útiles, y su

hábil jefe Soubllette, correspondieron dignamente á las esperanzas fincadas en ellos, luciéndose sobre todo por su tino y sangre fría el Comandante Stuart, inmóvil en su reducto. Parte del combate se sostuvo cuerpo á cuerpo y á la bayoneta en la línea de los parapetos, que escalaron sin salvarlos algunos oficiales y soldados y un valientísimo corneta: llovían sobre la meseta interior las granadas de manos enemigas, y sobre los pelotones enemigos la metralla de Stuart, en tanto que hacía su oficio el fusil, á pecho descubierto en el ataque y con mediano abrigo en la defensa. En menos de tres cuartos de hora la función había concluido al sonoro grito de ¡Viva la Patria! y los asaltantes descendían precipitadamente en derrota bajo el mortífero cañoneo de las baterías de San Felipe, dejando tendidos los cadáveres de muchos de sus compañeros al pie de las escarpas y en un largo espacio de las faldas adyacentes: el bravo Maortua quedó exánime á la orilla del foso. En honor de la verdad diré, que no tuve yo participación en la refriega: enfermo de disentería, como tantos otros, había bajado al recinto de la plaza, y aquella gloriosa madrugada me encontró de servicio en el frente de Santa Catalina.

No fueron más afortunadas las tropas españolas en el asalto que algunos días después intentaron sobre el aislado castillo del Angel, á la orilla del mar, fuera de Bocachica, en donde mandaba mi caro y desgraciado amigo el Coronel venezolano José de Sata y Bussy. Y á lo dicho se redujeron las empresas terrestres del Ejército sitiador en las cercanías de la Plaza.

Pero en la madrugada misma del espléndido rechazo de La Popa, forzaron con sus buques menores el mal defendido paso del estero de Pasacaballos, y entraron en la bahía, perdiendo la vida, entre otros cartageneros, el elegante joven Capitán Antonio Herrera, universalmente llorado. Ni fue posible impedir que la atravesaran luego para situarse en Caño Loro, sobre la isla de Tierrabomba, en

donde su escuadra podía proveerlos directamente de cuanto necesitasen, y que allí y en algún otro lugar á propósito para cruzar los fuegos, erigiesen baterías de artillería gruesa; con lo cual se estrechó más la línea del asedio y se embarazaron las comunicaciones con Bocachica. Ya no quedaban esperanzas de salvación en lo humano, y cada hora traía consigo nuevas angustias, nuevos padecimientos. En las noches de mar serena, las lanchas cañoneras de la escuadra se aproximaban enfrente de la cortina de La Merced y bombardeaban con poco riesgo el recinto principal.

El progreso de los estragos del hambre era en sumo grado afflictivo, pereciendo unos por falta de alimentos ó postración de fuerzas, otros por las enfermedades consiguientes á la mala calidad de la triste ración que se proporcionaban, y prolongando otros su miserable existencia escuálidos, hebetados y con hinchazón progresiva en las piernas. Carnes y harinas podridas, bacalao rancio, caballos y burros en detestable salmuera, perros, ratas, cueros, eran el recurso de la generalidad desvalida, y escasas dosis de arroz con camarones secos y chocolate el de las familias acomodadas que habían salvado algo de las pesquissas domiciliarias. Los extranjeros, dedicados á la infame especulación del corso, conservaban tal cual depósito oculto de víveres, y los beneficiaban sin misericordia, haciéndose, en cambio, dueños de las prendas de oro y piedras preciosas que existían en la ciudad. Y á pesar de tanta miseria y tantas congojas, nunca durante la época del sitio, que duró cerca de cuatro meses, se oyó á nadie hablar por desesperación siquiera de sometimiento á la antigua madre patria. Si, esto en los primeros días significaba patriotismo, en los últimos días tenía por causa inmediata el menosprecio absoluto de la vida, contraído por el hábito de los peligros y por contagioso hebetamiento. Por excitación reiterada de las autoridades, algunas de las más desdichadas personas comprendidas en la categoría de bocas

inútiles y acosadas del hambre, salieron por tierra de la Plaza, casi arrastrándose, en dirección al campo enemigo, y pocas alcanzaron á llegar á él, en tal estado que excitaban la compasión y obtuvieron asilo.

Un día se izó en las murallas la bandera inglesa, de orden de las mismas autoridades, con motivo de la aparición de un navío de guerra de Su Majestad Británica; supúsose muy pronto que aquello significaba invocar la protección inglesa, y que en el navío se habían embarcado los Diputados Ignacio Cavero y Enrique Rodríguez con dirección á Jamaica, encargados de proponer la ocupación de Cartagena por vía de protectorado; quimera irrealizable en la opinión de todos y que como tal se desvaneció sin dejar huella.

A miles ascendía ya el número de los muertos, y ni aun era posible dar sepultura á los muchos cadáveres esparcidos en casas y calles, cuya pronta putrefacción envenenaba el ambiente, cuando por el Jefe Militar, General Bermúdez, se resolvió, al principiar Diciembre, la evacuación de la Plaza y de todas sus mal gnarnecidas defensas, emigrando á todo trance por mar. El Gobernador, Sr. Juan de Dios Amador, se oponía á esta medida extrema, hasta con ruegos, ó pedía se la demorase siquiera por unos tres días, asegurando que según sus cálculos, no tardaría tanto en empezar á recibirse nuevos socorros de víveres de los Estados Unidos y de las Antillas; pero fueron vanas sus instancias. El tiempo acreditó la exactitud de sus previsiones; mas, á decir verdad, Cartagena no podía prolongar con buen éxito la resistencia, aun cuando se la proveyese de comestibles abundantemente en aquellas horas de agonía, y no obstante el numerosísimo hospital de los sitiadores. Nada más fácil para éstos, con dos mil hombres disponibles en tierra, que ocupar por el lado de la bahía su recinto exterior antes de una semana, tras él las posiciones aisladas de San Felipe y La Popa, y forzar luego á la rendición al recinto principal, ó tomarlo por asalto sin vía de escape para un solo individuo.

La evacuación, aunque erizada de dificultades y sujeta á peligrosísimas contingencias, que había que arrostrar de frente, era el único partido racional adoptable por quienes todo lo preferían al sometimiento.

En la tarde y en las primeras horas del 5 de Diciembre, previa la diligencia de clavar la artillería de las murallas, tuvo lugar el embarque de la emigración por la playa de Bocagrande, contándose para su transporte con trece ó catorce buques, la mayor parte corsarios y todos con capitanes extranjeros más ó menos metalizados y perversos.

Nada de provisiones de pasaje, y ni aun suficiente agua; nadie contaría para mantenerse sino con lo que hubiese puesto y asegurado á bordo, ó con lo que le suministrase la benevolencia ajena. Esqueletado yo y casi moribundo, por efecto de disentería y las fiebres, con las piernas hinchadas y pesadas de la rodilla al pie, fui á zambullirme en un camarotito de la goleta que me tocó, llevando al cinto algunas onzas de oro, y en un bolsillo una libra de chocolate para roer, de que me había provisto la venerabilísima matrona Sra. María Amador de Pombo, mi buena tía y madrina, que se embarcó también con toda su valiosa familia, compuesta de seis hijos, una nuera y su hermana, un yerno y una nieta. Compañeros nuestros de peregrinación eran, entre otros, los Sres. García de Toledo y Ayos, Miguel y Domingo Granados, el Coronel Sata, expirante, y el Capitán Juan Gual; unos iban apiñados en la cámara, otros en la bodega, y el resto sobre cubierta, cada cual como podía.

Pasámos la noche al ancla, y sin molestia de parte del enemigo, en el seno interior de la bahía. Al amanecer se observó con agradable sorpresa que un bergantín—goleta americana—conductor desde luego de provisiones, salvada la línea marítima del bloqueo, se hallaba muy cerca ya del frente de Santo Domingo, é inmediatamente volvió á tierra gente armada para recibirlo y reocupar la playa;

pero encontráronse cerradas las puertas de ésta, y defendidas por los prisioneros españoles y otros á cuya cabeza se había puesto el Comandante Manuel Guerrero, hijo de Cartagena, descorazonado ó desleal, con alguna artillería que rehabilitaron; negó el acceso que era imposible forzar, y al momentáneo júbilo sucedió la tristeza. De este buque se apoderó Morillo al ocupar la plaza, y de trece ó catorce más, cargados con víveres, hizo presa después por medio del engaño, conservando para el efecto el simulacro del bloqueo marítimo.

Aprovechando un buen viento, los buques de la emigración se movieron juntos á las tres de la tarde del 6, y á toda vela forzaron el terrible paso de Caño de Loro bajo un fuego infernal á quemarropa de las baterías enemigas y lanchas acadenadas en tierra, con insignificantes averías y la pérdida de unos pocos hombres: en mi goleta hubo tres muertos; un fraile entre ellos. Anclaron de nuevo en el Canal de Bocachica, recogieron otros pasajeros, salieron en dispersión al mar, con brisa favorable, cerca de la media noche; y aunque hubieron de pasar forzosamente á menos de medio cable de la fragata *Diana* ó de la corbeta *Isigenia*, ó de algún otro de los buques mayores de la escuadra española, pasaron todos sin novedad por negligencia ó tolerancia: entonces siguió cada uno, hacinado de infelices fugitivos, el rumbo de su elección ó el que la Providencia divina tuvo á bien señalarle.

Mi goleta, desorientada, encalló sobre rocas á la tercera noche, en la costa del Istmo de Panamá, al norte de Chagres, frente á la boca del río Coclé, y su Capitán tuvo que abandonarla, después de habernos echado en tierra.

En la travesía había fallecido el Coronel Sata; en la playa de Coclé fueron á exhalar su último suspiro mi angelical prima Ana Pombo, mujer de Santiago de Lecuna, que estaba con ella, Juan Gual, y algunos otros desdichados. Era solitaria aquella playa, pero estaba cubierta de árboles de coco, cuya fruta y palmiche prestaron tal

cual refrigerio á quien pudo cogerlos ; y habiéndose aventurado dos ó tres personas que conservaban cierto resto de vigor á cruzar el pequeño río y explorarlo hacia sus cabeceras, dieron afortunadamente con la choza de unos indios y trajeron de allá algunos plátanos y yucas, que en pequeñas raciones devorámos con avidez.

Algo más de una semana había transcurrido, semana de tormentos físicos y morales de todo género, bajo una atmósfera ardiente y lluviosa, cuando apareciendo el corsario español *La Hecha*, Capitán Bedoya, procedente de Portobelo, quedó decidida nuestra suerte ; quizás menos desgraciada en general que la del resto de la emigración, víctimas en su mayor parte del brutal porte y la insaciable codicia de los desalmados piratas que les servían de conductores. Trasladados á bordo del corsario y tratados con humanidad, sin perjuicio de quitársenos el dinero y las alhajas que llevábamos, se nos condujo presos á Portobelo, y de allí á Cartagena, en Enero de 1816.

Tres de mis respetabilísimos compañeros quedaron comprendidos en la siguiente lista de ciudadanos eminentes y acrisolados patriotas con que inauguró en aquella ciudad su larga serie de fusilamientos oficiales el ejército español, llamado *pacificador*, tras los degüellos á sangre fría hasta de mujeres y niños, perpetrados por el monstruo Morales en el Lazareto de Caño-Loro y en Bocachica :

José María García de Toledo.

Dr. Miguel Granados, de Santamarta.

Dr. Antonio José de Ayo.

General Manuel del Castillo Rada.

Brigadier Manuel de Anguiano, español.

Teniente Coronel Santiago Stuart, inglés.

Martín Amador.

Pantaleón Ribón, de Mompox.

José María Portocarrero, de Bogotá.

Los demás presos fueron sometidos al servicio de azada y parihuela como presidiarios, ó trasladados, en cali-

dad de enfermos, al hospital militar, hasta que, ausentes Morillo y Enrile en el interior, y gobernando la plaza el caballeroso Coronel D. Gabriel de Torres, les otorgó indulto y libertad el Virrey Montalvo, el 30 de Mayo, en celebración de los días del Rey Fernando. Al año siguiente obtuve yo permiso para acompañar á mi padre (que de Dios haya), salvado por rara fortuna del patíbulo de los Próceres, en su viaje de proscripción á España.

Bogotá, 8 de Abril de 1862.

LINO DE POMBO

Corrección—En el artículo titulado *Hablan nuestros mayores*, que publicamos en este mismo número, se dijo, por error, que el Sr. D. Lino de Pombo murió en 1864, cuando en realidad falleció á fines de 1862.

NUEVO CANTO AL FUNZA

Á LA RESPETABLE MATRONA D.^a EMILIA ORTEGA DE CARRASQUILLA

¡Qué mal pensaba, oh río,
Cuando soñé que fueran semejantes
Tu destino y el mío !
Tus ondas espumantes
Miro otra vez y escucho cuál se pierde
Tu formidable grito
Por la extensión de la colina verde
Y entre las mudas rocas de granito
Que circundan tu bárbara grandeza,
Para alzarse después al infinito
—Gemido colosal de honda tristeza.—

De nuevo ante tu vista, temeroso
Está el cantor aquel que en otros días
Para ti tuvo un canto melodioso,

Un himno palpitante de armonías ;
 El que á soñar llegara
 Que, rival de tu voz, su pobre acento,
 A estremecer los cielos alcanzara,
 El que en su loco y vano atrevimiento
 Osó con la grandeza peregrina
 De tu caudal violento
 Parangonar su pequeñez mezquina.

Ese soy, y á ti vuelvo : desangrado
 El pie por los abrojos ;
 El ánimo cansado ;
 Herido el corazón, turbios los ojos,
 • Ya no vengo á soñar, como soñara
 Ante tu excelsa faz ; rompióse el prisma
 Con que mi vista ayer te contemplara ;
 Tu grandeza es la misma,
 Igual á la de entonces la hermosura
 En donde el alma atónita se abisma
 Y el corazón se llena de pavor ;
 Y yo ante ti ¿ qué soy ? Atomo leve
 Perdido en el vacío
 Que el aquilón á su capricho mueve
 Y arrebatan los vientos inconstantes ;
 ¡ Qué mal pensaba, oh río,
 Cuando soñé que fueran semejantes
 Tu destino y el mío !

*
 * *

La aurora que despunta en el Oriente
 Al romper su fulgor en tus espumas
 Pone toques de luz sobre tu frente,
 Y el iris dibujado entre tus brumas
 Con sus bellos colores te abrillanta,
 Naturaleza entera te sonrío,
 El alba te saluda, el sol te canta.

Ayer también sentí sobre mi frente
 El beso de otro sol ; era la gloria
 Que en mi cielo brillaba refulgente ;
 Hoy, sólo su memoria
 Guarda mi corazón.... humildemente
 Déja que ante tu faz la sien incline,
 Sin un rayo de sol que la caliente,
 Sin una claridad que la ilumine.

La selva en tus riberas
 Entreteje sus lianas trepadoras
 Para formarte espléndida guirnalda
 Que fulgura á la luz de las auroras
 Con vívidos destellos de esmeralda.
 Laureles inmortales
 Que nunca se marchitan, frescas flores
 Que si agostan las vientos otoñales
 Al troncharlas en rápida carrera,
 Revivirán en breve más hermosas
 Al fecundo calor de primavera.

Las musas amorosas
 También ciñeron mi tostada frente
 Con verdes lauros y divinas rosas ;
 El invierno inclemente
 Vino después ; los ábregos rugieron ;
 Las nieves en redor se amontonaron,
 Y por siempre mis rosas se murieron
 Y mis verdes laureles se agostaron.

Al abismo insondable, arrebatado
 Se precipita tu caudal inmenso,
 Y so la dura peña quebrantado,
 Se torna en copos diáfanos de incienso
 Que escalan de los cielos las alturas
 Y vuelan á perderse al infinito,
 Cual las plegarias puras
 De un corazón por el dolor contrito.

Ah ! También al abismo
 Oscuro de la vida, ha muchos días

Me lancé desbordado,
Y el caudal de mis locas alegrías
También fue quebrantado
Sobre la roca dura,
Sin que una sola dicha, ni siquiera
Una esperanza pura
Intacta de ese vórtice saliera.

Ay ! Al correr del tiempo pasajero
Tú estarás siempre en pie ; siempre gigante
Exhalarás tus gritos altanero,
Acaso herido, sí, pero triunfante.
Y quizá un plañidero
Trovador á tu orilla se adelante,
Y á los compases de laúd severo
Un himno excelso á tu grandeza cante.
¿ Dónde estaré yo en tanto ?
Tal vez piadoso mi ceniza fría
Guarde bajo una piedra el camposanto.
Mas, ¿ qué voz cariñosa
Llegará á saludarme en ese día ?
Ninguna.... porque al lado de mi fosa
Descansará también la madre mía.

Octubre 22 : 1906.

R. ESCOBAR ROA

CLAUSURA DE ESTUDIOS

PREMIOS

Entre los colegiales obtuvo el primer premio el señor

D. JOSÉ GREGORIO TORRES

Los demás colegiales, por el hecho de serlo, no necesitan
mención.

Entre los convictores obtuvieron primer premio los señores

D. GERARDO ARIAS Y D. JOSÉ MARÍA RENGIFO

Segundo premio, los señores

D. ALBERTO ABELLO Y D. PARMENIO CÁRDENAS

Mención honorífica :

Aldana Miguel.	Insignares Juan.
Algarra Luis.	Jaime Gregorio.
Alvarado Pedro.	López Eduardo.
Alvarez Eliseo.	Landínez Rafael.
Alvarez Salvador.	Mesa Sergio.
Amaya José Vicente.	Molina Hernando.
Bahamón Helí.	Portocarrero Daniel.
Castillo Angel Octavio.	Puerto Víctor.
Cortés Romelio.	Rincón Abdías.
Cucalón Julio.	Rivera Zoilo.
De la Hoz Luis.	Rubiano Pedro.
Durán Carlos	Sampayo Cástulo.
Durán José Pío.	Segura Víctor.
García Gabriel.	Silva José Miguel.
González Carlos Julio.	Tenorio Didacio.
González Julio.	Valencia Miguel Santiago.
González Marco Antonio.	Vargas Carlos.
Herrera Marco Tulio.	Vargas Eliécer.
Higuera Manuel.	Velasco Joaquín.

Entre los oficiales obtuvo el primer premio el señor

D. MANUEL VICENTE JIMÉNEZ

Segundo premio el señor

D. NELSON ESTRADA

Mención honorífica :

Cepeda Angel María.	Moya Luis Eduardo.
Durán Joaquín Emilio.	Rodríguez Santiago.
García Ernesto.	Ruiz Peregrino.
Laverde Jorge.	Vargas Martín.

Entre los externos obtuvo el primer premio el señor

D. JOSÉ VICENTE HUERTAS

Mención honorífica :

Arteaga Miguel.	Mejía Alberto.
Cuéllar Luciano.	Montalvo José A.
Cortázar Leopoldo.	Narváez Carlos.
Durán Julio César.	Noguera Alfredo.
Estrada Luciano.	Piñeres Víctor.

Gómez David.	Rengifo Tomás.
Gómez Laureano.	Roca Joaquín.
Gutiérrez Manuel.	Rueda Luis A.
Huertas José Manuel.	Velandia Jorge.
Medina Leandro.	Venegas Alberto.

ALUMNOS MÁS DISTINGUIDOS EN LAS AULAS

Griego (curso inferior), Vargas Martín.
 Griego (curso superior), Cortázar Roberto.
 Prosodia latina, Coradine Alberto.
 Historia de la Literatura Castellana, Coradine Alberto.
 Filosofía del Derecho, Villegas Restrepo Alfonso.
 Derecho Romano (primer curso), Saavedra José Manuel.
 Derecho Constitucional y Administrativo, Jiménez Manuel Vicente.
 Derecho Civil (primer curso), Vargas Eliécer.
 Metafísica, Medina Leandro y Saavedra José Manuel.
 Lógica, Castro Antonio José y Prada Lope.
 Física, Saavedra José Manuel y Arteaga Miguel.
 Historia Natural, Rengifo Tomás y Arteaga Miguel.
 Alemán (curso superior), Coradine Alberto.
 Historia Moderna, Medina Leandro y Herrera Marco Tulio.
 Historia Antigua, Sánchez Jorge y Roca Joaquín.
 Historia Patria, Rey Luis María e Iglesias Salvador.
 Retórica, Luque Rafael y Arteaga Miguel.
 Latín (curso superior, sección primera), Torres José Gregorio y Durán Ciro Aníbal.
 Latín (curso superior, sección segunda), Cortázar Leopoldo.
 Francés (sección primera), Guerra Carlos Julio y González Julio.
 Francés (sección segunda), De Narváez Carlos.
 Inglés (curso superior), Villegas Restrepo Alfonso y Samper Francisco.

Inglés (curso superior, sección primera), Rivera Zoilo y Castro Antonio José.

Inglés (curso superior, sección segunda), Medina Leandro y De Narváez Carlos.

Latín (curso inferior, sección primera), Alvarez Eliseo y Samper Bernardo.

Latín (curso inferior, sección segunda), Moreno Luis y Sampayo Cástulo.

Castellano, Cucalón Julio y Velandia Jorge.

Geometría, Aldana Miguel y Abello Alberto.

Algebra (sección primera), Ruiz Peregrino y Rey Luis María.

Algebra (sección segunda), Fonseca Joaquín y Gómez David.

Aritmética (sección primera), Cuevas Luis A. y Castillo Angel Octavio.

Aritmética (sección segunda), Velandia Jorge y Montalvo José Antonio.

Religión (sección primera), Cucalón Julio y Sampayo Cástulo.

Religión (sección segunda), Gutiérrez Manuel y Velandia Jorge.

31 de Octubre de 1906.

CRÓNICA DE OCTUBRE

Con ser Octubre mes de incesantes lluvias, de ambiente frigidísimo, sin el regocijo del sol durante el día, sin noches estrelladas, sin modo de pasear por los campos ni aun de retozar en los patios á las horas de recreación, es el mes más alegre en el Colegio del Rosario; porque es el tiempo de las fiestas más dulces al corazón de los estudiantes: la solemnidad de la Bordadita, el santo del Sr. Rector, la clausura de estudios. Entonces son las emociones que produce la designación de los premiados en las clases; las conjeturas sobre las recompensas finales. Es, además, Octubre el mes

que precede al principio de las vacaciones. Y así como para los colegiales no hay cosa como el sábado en la tarde, porque es víspera del domingo; no hay nada como Octubre, que es víspera de asuetos. Alguien dijo que éstos eran sesenta domingos seguidos; Octubre es treinta sábados sin interrupción. ¡Ay! si no estuvieran por medio los exámenes con todos sus horrores!

Desde el 1.º del mes, en la Capilla, adornada como para día de fiesta, hemos tenido al Santísimo Sacramento reservado en el altar. Por las noches hemos rezado el rosario con Su Majestad patente, y al terminar, El se ha dignado bendecirnos, sostenido en las manos de uno de sus sacerdotes. En ese momento solemne, todos á una hemos pedido que esa bendición recaiga sobre nuestro Colegio, sobre nuestros padres, sobre la amada patria colombiana. Y al salir del sagrado recinto, oyendo las últimas notas del cántico final y aspirando el humo del incienso, va el pobre corazón del estudiante animoso y consolado.

En los tres días antes del 14, tuvimos el retiro espiritual que mandan las Constituciones. Nos predicó las pláticas del medio día el P. Daniel Restrepo, jesuita. El estudió aquí en el Rosario hasta fines de 1890, y á poco entró al Noviciado de la Compañía. Como entonces tenía unos dieciocho años, ahora debe andar por los treinta y cinco. Pero no los representa. Al verlo, parece un niño; al oírlo, un anciano encanecido en el estudio. Al terminar su última exhortación, recordó que él había estado en esas mismas bancas en el retiro espiritual de entonces; nos contó que al pie de la Bordadita había sentido el llamamiento de Dios á la vida religiosa, y que le debía á Nuestra Señora del Rosario el ser jesuita y sacerdote. Y le dio las gracias á la Virgen de un modo que nos hizo llorar.

El domingo, 14 de Octubre, el Sr. Rector nos dio la comunión á las siete de la mañana; y á las nueve principió la misa de la fiesta, celebrada por el Sr. Vicerrector, y solemnizada por el Ilmo. Sr. Arzobispo, nuestro dignísimo

Rector honorario, amigo y protector del Colegio, quien ofició de medio pontifical, rodeado de espléndida corona de sacerdotes, que llenaban el presbiterio de la capilla.

Todo estuvo de acuerdo con el espíritu del Instituto, todo respiró austera pompa: el concurso escogidísimo en que estaban representados el Gobierno, la Magistratura, el Foro, la Medicina, las Ciencias, las Artes, el Periodismo; el sobrio y rico adorno del altar; la misa del clásico Perosi, acompañada por el órgano, dirigida por el maestro D. Carlos Umaña, Presbítero, y perfectamente ejecutada por el coro del Seminario Conciliar.

Pero la nota dominante de la fiesta fue el sermón, predicado por el Sr. D. Darío Galindo, Cura de la Parroquia de Nuestra Señora de Las Aguas. Fue una oración breve, muy bien pensada, original en el plan y en muchos de los detalles, exacta y profunda en el fondo, predicada en el tono de conversación familiar, tan en boga en el Viejo Mundo, y en limpia prosa castellana. Versó sobre la intemperancia en el apetito de saber, que lleva á la pérdida de la paz del alma, y al desprecio de las verdades reveladas y á cerrar los ojos á la lumbre de la fe cristiana.

En el presente número, según nos informan, se publica el discurso de clausura de estudios, y la lista de los estudiantes premiados.

En el número de Febrero daremos cuenta de lo que suceda en lo que falta del presente año, junto con lo que acontezca digno de mención á principio del entrante.

¡Que Dios nos proteja en los exámenes!

Octubre 18 de 1906.

J. B. R.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Hemos recibido durante el año, y cordialmente agradecemos:

DOLORS, por *Julían Páez M.* Prólogo de Roberto Mac Douall—Bogotá, Imprenta Eléctrica—1906. Páginas,

Mac Douall compendia así en el prólogo el asunto del poema:

Tus estrofas nos hablan de esos seres,
Mártires olvidados
Que sufren y que luchan
En talleres y campos,
Y, con la cruz de su miseria á cuestras,
Ascienden valerosos al Calvario.

EL CENTAVRO, por *Ismael López*. Santafé de Bogotá. Samper Matiz y C.^a, editores. 1906. Páginas, 28.

Sanín Cano dice en carta al autor:

Hay estrofas que me han hecho vibrar con la misma intensidad que la prosa del Maestro Maurice de Guérin.

TROFEOS. Revista literaria, con material variado é inédito de autores nacionales. La saludamos, le retornamos el canje y le deseamos larga vida y muchos suscritores. La redactan los Sres. Víctor M. Londoño é Ismael López, y la editan Samper Matiz y C.^a

QUIMERAS, por *Guillermo Posada*—Bogotá, MCMII. Madrid, MCMVI—Páginas, 81.

Dice el autor:

En esta canastilla lees *QVIMERAS*,
Pero si no te gusta la portada
Lector, puedes poner lo que tú quieras.

MARGARITA, por *Diego Uribe* (1898)—París—Imprenta Sudamericana—1906—Páginas, 142.

Es la segunda edición del libro de poesías escrito con motivo de la muerte de su esposa. Uribe es de los pocos poetas jóvenes que no han adoptado las formas simbolistas, como las llaman unos, ó decadentes, como dicen otros; sin que por eso haya de clasificársele en ninguna de las viejas escuelas de clásicos y románticos.

El Sr. Guillermo Valencia escribió sobre *Margarita* esta frase, que figura sola en la primera página del volumen: "Este libro es un dolor cristalizado." Respetamos el juicio del poeta; pero como en esto de sentir cada uno tiene su manera peculiar, para nosotros *Margarita* expresa un dolor viviente, fervido, que se comunica al lector; y por eso nos gusta.

DEL COLEGIO MAYOR

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

AÑO II



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

1906



INDICE POR MATERIAS

Actos oficiales

	Págs.
Prospecto para el año de 1906.....	I
Reglas para provisión de colegiaturas.....	4
Decreto número 1335 de 1905, por el cual se crea un internado en el Colegio del Rosario.....	5
Protesta.....	65
Nota del Ministro de Instrucción Pública, sobre suspensión del internado por cuenta del Gobierno.....	118
Acuerdo de la Consiliatura, sobre provisión de becas.....	119
Acuerdo sobre nombramiento de catedráticos.....	119
Renuncia de un puesto, y resolución.....	120
Decreto del Rector, en que se hacen nombramientos de empleados.....	121
Alumnos graduados en 1905.....	129
Decreto sobre nombramiento de Secretario.....	130
Decreto sobre nombramiento de Portero.....	131
Aprobación de los nombramientos de catedráticos.....	131
Concesión de una colegiatura.....	132
Acuerdo sobre tarifa.....	133
Acuerdo sobre erección de una estatua al Fundador del Colegio.....	134
Claustro del Colegio.....	257
Erección de una estatua al Fundador del Colegio.....	263-579
A los hijos del Colegio.....	579
Premios en 1906.....	627

Artículos editoriales

Auroras.....	66
El claustro nuevo del Colegio del Rosario, por <i>Alejandro Manrique</i>	71

Eugenio González Mutis.....	121
Homenaje al Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, por Jenaro Jiménez.....	263
Un Obispo misionero.....	309
En honor de San Luis Gonzaga.....	416
Duelo nacional.....	559
Hasta mañana.....	577

Artículos literarios y críticos

Impresiones sugeridas por "El Quijote," por Antonio Ru- bió y Lluch.....	7
Costumbres de tierra caliente, por José Miguel Rosales.....	101
Arar en el mar, por José Manuel Marroquín.....	108
Afrodita y Quo vadis, por Francisco de Paula Barrera.....	135
José María de Heredia, por Enrique Piñeyro.....	194
Tívoli, por Pedro M. Rebollo.....	240
Prólogo de un libro, por R. M. Carrasquilla.....	342
Recuerdos de Pereda, por Federico Bravo.....	353
En honor de Pereda.....	390
Discurso sobre Pereda, por Marcelino Menéndez y Pelayo...	395
En familia, por Antonio Gómez Restrepo.....	419
Ernesto Hello, por Federico Bravo.....	485
El Rosario, por R. M. C.	513
El romance castellano, por el Duque de Rivas.....	539
D. Belisario Peña, por Virginio Ramírez.....	559
Oración familiar de clausura de estudios, por R. M. Ca- rrasquilla.....	595

Bibliografía

Notas bibliográficas.....	63-319-447
---------------------------	------------

Crónica del Colegio

Crónica del Colegio, por R. Escobar Roa.....	190 384
— — — por Roberto Cortázar.....	318 445
— de Septiembre, — — —	605
— de Octubre, por J. B. R.....	629

Documentos y estudios históricos

Apuntes autobiográficos del General José María Ortega y Nariño.....	40, 93, 158, 230, 298
--	-----------------------

Constituciones nuevas del Colegio.....	56, 182 315
Real cédula de Felipe IV, sobre fundación del Colegio.....	379
Real cédula en que se aprueban las Constituciones...381,	436
Real cédula sobre el patronato del Colegio.....	382
Parte de la batalla de Boyacá, por el General Carlos Sou- blotte.....	385
Real cédula que declara el Colegio del Rosario colegio de Estatuto.....	438
Real cédula sobre elección del Rector.....	440
Leyes sobre autonomía del Colegio.....	440
Recuerdos de un prócer, por Agustín Núñez.....	479
Correspondencia inédita del Barón de Humboldt con D. José Manuel Restrepo.....	504
La Federación, por José Manuel Restrepo.....	608
El mismo asunto, por Miguel Tobar.....	609
Reminiscencia del sitio de Cartagena, por Lino de Pombo..	611

Estudios científicos

La elegancia, elemento de belleza, por Francisco de Paula Barrera.....	123
Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna, por Francisco María Rengifo.....	203, 282, 367, 397
Un hombre raro: Lombroso (versión de R. Goenaga), por Jacques Mesmil.....	329, 471
Los dos sentidos estéticos: la vista y el oído, por F. de P. Barrera.....	450
Historia económica y geografía humana, por F. J. Ver- gara y Velasco.....	508
El origen de la vida. Traducción de José Manuel Saavedra Galindo.....	518

Estudios didácticos

Lecturas sobre el arte de educar, por Rafael M. Carras- quilla.....	32, 179, 197, 312
Educación de los Jesuitas, por Rafael M. Carrasquilla.....	407

Historias, cuentos y novelas

Recuerdos de la Gran Cartuja.....	23 73
El Mendigo.....	151
Nuestra Señora del Rosario, por Roberto Cortázar	218
En brazos de su madre, por Julio Lemaitre.....	272



La vidriera rota (traducción de E. Suárez Murillo), por <i>F. Fleuriot-Kerinou</i>	321
Lección aprovechada, por <i>R. Escobar Roa</i>	428
La granja de las golondrinas, por <i>Victor van Tricht</i>	394
Pormenores sobre tres hombres eminentes, por <i>Larfeuil y Jules Massé</i>	524
Hora de gracia, por <i>Angel María Sáenz</i>	571
Berta, por <i>Victor van Tricht</i>	584

Poesías

De Año Nuevo, por <i>Rafael Escobar Roa</i>	38
A Paulina, por <i>Antonio Gómez Restrepo</i>	55
El Ama, por <i>José María Gabriel y Galán</i>	84
A la muerte de una niña, por <i>Hernando Holguín y Caro</i> ..	107
Los Infelices (de Víctor Hugo), por <i>José Antonio Soffia</i>	170
Segundo canto de guerra (de Tirteo), por <i>José de la Cruz Herrera</i>	216
Las golondrinas del claustro, por <i>José Manuel Saavedra</i>	280
Amor sublime, por <i>Ricardo Carrasquilla</i>	305
Fray Nicolai Casas pia recordatio, por <i>M. A. C.</i>	311
A un cocuy, por <i>M. A. Caro</i>	342
Las repúblicas, por <i>José María Gabriel y Galán</i>	349
El juicio final (de Gilbert), por <i>Jorge Bayona Posada</i>	363
¿Por qué vencimos?, por <i>Ricardo Carrasquilla</i>	388
Cuna de San Luis, por <i>Eduardo Salazar</i>	417
A la torre del claustro, por <i>Alberto Coradine</i>	425
Canción, por <i>José María Gabriel y Galán</i>	467
El amor, por <i>R. Escobar Roa</i>	484
Bagatelas, por <i>Ricardo Carrasquilla</i>	536-581
Primera comunión.....	557
El suicida, por <i>Ernesto León Gómez</i>	575
Madrigal (?) futuro, por <i>Bartrina</i>	576
Anocheciendo, por <i>Luis M. Mora</i>	602
Segundo canto al Funza, por <i>R. Escobar Roa</i>	623

INDICE POR AUTORES

BARRERA Francisco de Paula. La elegancia, elemento de belleza	Págs. 123
--	--------------

BARRERA Francisco de Paula. Afrodita y Quo vadis.....	135
— Los dos sentidos estéticos: la vista y el oído.....	450
BARTRINA. Madrigal (?) futuro.....	576
BAYONA POSADA Jorge. El juicio final (de Gilbert).....	365
BRAVO Federico. Recuerdos de Pereda.....	353
— Ernesto Hello.....	485
CARO Miguel Antonio. Fr. Nicolai Casas pia recordatio.	311
— A un cocuy.....	342
CARRASQUILLA Rafael M. Lecturas sobre el arte de edu- car.....	32-179-197-312
— Prólogo de un libro.....	342
— Educación de los Jesuitas.....	407
— El Rosario.....	513
— Oración de clausura de estudios.....	595
CARRASQUILLA Ricardo. Amor sublime.....	305
— ¿Por qué vencimos?.....	388
— Bagatelas	538 581
CORADINE Alberto. A la torre del claustro.....	425
CORTÁZAR Roberto. Nuestra Señora del Rosario.....	218
— Crónica del Colegio.....	318 445
ESCOBAR ROA Rafael. De año nuevo.....	38
— Crónica del Colegio.....	190 384
— — de Septiembre.....	605
— Lección aprovechada.....	428
— El amor.....	484
— Segundo canto al Funza.....	
FLEURIOT-KERINOU. La vidriera rota.....	321
GABRIEL Y GALÁN José María. El ama.....	84
— Las repúblicas.....	349
— Canción	467
GOENAGA Ramón. Un hombre raro: Lombroso (de Jacques Mesnil).....	329 471
GÓMEZ RESTREPO Antonio. A Paulina.....	55
— En familia.....	419
HERRERA José de la Cruz. Segundo canto de guerra (de Tirteo).....	216
HOLGUÍN Y CARO Hernando. En la muerte de una niña... ..	107
HUGO Víctor. Los infelices (traducción de J. A. Soffia)... ..	170
HUMBOLDT Alejandro—Cartas á D. José Manuel Restrepo.	504

JIMÉNEZ Jenaro—Homenaje al Arzobispo Fr. Cristóbal de Torres.....	263
LARFEUIL (Abate)—Pormenores sobre hombres eminentes	524
LEMAITRE Jules —En brazos de su madre.....	277
LEÓN GÓMEZ Ernesto—El suicida.....	375
MANRIQUE Alejandro—El claustro nuevo del Colegio.....	71
MARROQUÍN José Manuel—Arar en el mar.....	108
MASSÉ Jules—Pormenores sobre un hombre eminente.....	527
MENENDEZ Y PELAYO—Discurso sobre Pereda.....	395
MESNIL Jacques—Un hombre raro: Lombroso.....	329-471
MORA Luis María—Anocheciendo.....	602
NÚÑEZ Agustín—Recuerdos de un Prócer.....	475
ORTEGA Y MARIÑO General José María. Apuntes autobiográficos.....	40-93-158-230 290
PIÑEYRO Enrique. José María de Heredia.....	194
POMBO Lino. Reminiscencia del sitio de Cartagena.....	611
RAMÍREZ Virginio. D. Belisario Peña.....	559
RENGIFO Francisco M. Santo Tomás ante la ciencia moderna	203-367 397
RESTREPO José Manuel. Cartas al Barón de Humboldt....	504
— La Federación.....	608
REBOLLO Pedro María. Tívoli.....	240
ROSALES José Miguel. Costumbres de tierra caliente.....	101
RUBIÓ Y LLUCH Antonio. Impresiones sugeridas por el Quijote	7
SAAVEDRA Angel (Duque de Rivas). El romance castellano	539
— Galindo José Manuel. Las golondrinas del claustro.	280
SÁENZ Angel María. Hora de gracia.....	571
SALAZAR Eduardo. Cuna de San Luis.....	417
SOFFIA José Antonio. Los infelices (de Víctor Hugo).....	170
SOUBLETTE General Carlos. Parte de Boyacá.....	385
SUÁREZ MURILLO Emilio. La vidriera rota (de Fleuriot-Kerinou)	321
TOBAR Miguel. La Federación.....	609
VAN TRICHT Víctor. La granja de las golondrinas.....	495
— Berta	584
VERGARA Y VELASCO Francisco Javier. Historia económica y geografía humana.....	508

Decreto Legislativo número 47 de 1906

(12 DE SEPTIEMBRE)

(Continúa)

sobre Prensa

Art. 19. Toda publicación periódica llevará en su primera plana y en tipo y lugar visibles:

- 1.º Las palabras *República de Colombia*;
- 2.º El nombre de la publicación;
- 3.º El nombre del lugar en que se edita y la fecha de su publicación;
- 4.º El nombre del propietario y del director; y
- 5.º El nombre del establecimiento en que se edite, el cual podrá ir en la última plana.

Art. 20. Toda persona, individuo particular, funcionario, corporación ó sociedad á quien se atribuyan hechos falsos ó desfigurados, ó á quien se ofenda con apreciaciones ó conceptos injuriosos, tiene derecho á hacer insertar en el mismo periódico, y de manera gratuita, una rectificación ó aclaración que no exceda del doble del espacio ocupado por el escrito que la haya motivado.

Cuando se tratare de personas muertas ó ausentes pueden ejercitar el derecho de que trata este artículo sus herederos y parientes, y al periodista sólo obligará atender el primer escrito que le fuere llevado, y en caso de simultaneidad, se atenderá al orden expresado.

Art. 21. Entregado que haya sido en la imprenta el escrito de que habla el artículo anterior, éste será insertado en el número próximo inmediato, bajo multa de cinco pesos en oro ó arresto equivalente por cada día de demora en su publicación.

Art. 22. Cuando el escrito de que trata el artículo 20 exceda del espacio allí determinado, la inserción será siempre obligatoria, mas la parte excedente se hará á costa del interesado, quien pagará por ella el precio establecido para los comunicados.

Art. 23. La parte del escrito que deba publicarse á costa del comunicante se insertará íntegra, ó á razón de una columna por lo menos en cada uno de los números subsiguientes á aquel en que vea la luz la parte que deba acogerse gratuitamente.

Art. 24. La contravención á lo dispuesto en el artículo anterior será castigada con una multa de diez á veinte pesos en oro.

Art. 25. El escrito de que hablan los artículos 20 y 22 deberá ser exclusivamente defensivo ó explicativo.

Si el periodista juzga que el escrito enviado es agresivo, se lo manifestará así al remitente, quien, si no conviene en reformarlo, dará derecho al periodista para, bajo su responsabilidad, suspender la publicación, y dando aviso en el periódico de haberla recibido, ocurrirá con copia de lo conducente á la Gobernación del Departamento respectivo.

Art. 26. Recibidos en la Gobernación los documentos de que habla el artículo anterior, ésta designará un censor, á quien pasará tales documentos, y el cual, oídas las partes, en conferencia verbal, para lo cual las citará, decidirá dentro del tercero día acerca de la forma en que el escrito debe publicarse.

Si el periódico no se editare en la capital del Departamento, la facultad que por este artículo se confiere al Gobernador, se ejercerá por la primera autoridad política del lugar donde se edite el periódico.

Art. 27. Si el periodista suspendió la publicación sin dar el aviso de que habla el artículo 25, ó si el censor declarare que el escrito no fue agresivo, correrá la multa para el periodista, en el primer caso, desde el día en que la publicación debió publicarse, y en el segundo, desde el día de la resolución del censor.

Art. 28. Si el censor declarare que el escrito debe reformarse, y quien lo envía conviene en ello, queda el periodista en la obligación de publicarlo en la forma determinada por el censor y en los términos señalados en los artículos 21 y 22. La infracción á lo dispuesto en este artículo somete al propietario ó al director del periódico á la pena señalada en el artículo 24.

Art. 29. Cuando se hiciere uso del derecho de defensa en la forma de que hablan los cinco artículos anteriores, la persona ofendida no podrá demandar en juicio criminal al ofensor, salvo el caso de calumnia, en el cual le quedan expeditos ambos recursos.

TITULO IV

De los delitos

Art. 30. Constituyen delitos de imprenta :

- 1.º Las publicaciones *ofensivas*, ó sea aquellas en que se atenta á la honra de las personas ;
- 2.º Las publicaciones *subversivas*, ó sea aquellas en que se atenta contra el orden social y la tranquilidad públicas ; y
- 3.º Las contravenciones al presente Decreto que no se hallen comprendidas en los ordinales anteriores.

Art. 31. Los delitos ocasionados por publicaciones ofensivas, dan lugar á los juicios llamados de injuria y de calumnia, los cuales se rigen, tramitan y castigan de acuerdo con la ley de procedimiento y el Código Penal.

Art. 32. Los delitos ocasionados por medio de publicaciones subversivas los constituyen :

- 1.º Propender á la desmembración de la República ó á la segregación de una parte de su territorio ;
- 2.º Desconocer ó desobedecer la Constitución ó las leyes, ó propender al desconocimiento ó desobediencia de ellas ;
- 3.º Excitar á cometer actos que las leyes califiquen como delitos ;
- 4.º Atacar á los Gobiernos ó Jefes de las naciones amigas, siempre que la legislación de los respectivos países consigne igual principio de reciprocidad, y su Gobierno lo practique ;

(Continuad)